PROFESORES DE ENSEÑANZA SECUNDARIA

NUEVA EDICIÓN

Lengua Castellana y Literatura

TEMA MUESTRA

CAMPUS educación

(Ver condiciones en el interior)

MAD

La editorial del opositor

TEMA 25

Cohesión textual: estructuras, conectores, relacionantes y marcas de organización

Elena Méndez García de Paredes

Índice

1. **La cohesión**
   1.1. Tipos de mecanismo de cohesión
2. **Medios para marcar la cohesión**
   2.1. Mecanismos de referencia
3. **Recurrencia o repetición total o parcial de elementos léxicos**
   3.1. La nominalización
4. **Relaciones textuales basadas en conexiones de semántica léxica**
5. **Relaciones de expansión de la materia discursiva: la conexión mediante conectores**
   5.1. Características de los conectores
   5.2. Clasificación de los conectores y marcadores del discurso
      5.2.1. Estructuradores de la información
      5.2.2. Conectores
      5.2.3. Reformuladores
      5.2.4. Operadores argumentativos
      5.2.5. Marcadores conversacionales

1. La cohesión

La cohesión es la manifestación sintáctico-semántica de las relaciones de dependencia que contraen los elementos que se integran en la expresión lingüística del texto, por el hecho de formar parte de su entramado o tejido textual. Se trata, pues, de un mecanismo lingüístico que opera en el nivel superficial del texto, o en lo que T. A. van Dijk llama la *microestructura textual* (oraciones, enunciados y párrafos). Suele decirse que coherencia y cohesión, que son los dos elementos esenciales de la textualidad, han de analizarse como las dos caras de un mismo fenómeno y, de hecho, hay autores que no quieren hacer distinciones entre una y otra[1]. Veamos por qué. Por coherencia se entiende que la continuidad de contenidos textuales viene dada por la presunción de relevancia de unos contenidos para los otros (lo que sigue se interpreta en función de lo anterior y viceversa), pues la congruencia se activa gracias a que tales contenidos están en consonancia con los conocimientos que se poseen acerca del mundo y de cómo se conectan estos en el mundo extralingüístico. Estos saberes actúan como marcos de interpretación que canalizan el acceso de un enunciado a otro (causa, propósito o fin, consecuencia o razón que se tiene para inferir algo, progresión temporal), haciendo que se perciba, así, la otra cara de la coherencia, la cohesión textual.

La coherencia puede venir reforzada por una conexión explícita en la microestructura textual: las oraciones, enunciados y párrafos se conectan entre sí mediante relaciones sintáctico-semánticas de adición, disyunción, contraposición, causalidad, consecuencia, condición, comparación, finalidad, sucesividad temporal, etc., explicitadas mediante conectores sintácticos: las conjunciones y locuciones conjuntivas (según E. Bernárdez, esto es lo que se llama *cohesión-s*). Pero los enunciados también pueden estar ligados pragmáticamente como actos de habla interconectados (explicación, justificación, preparación o motivación, corrección, objeción, reproche, continuación enunciativa o ilación) y esto puede expresarse con conectores (conjunciones y elementos conjuntivos que, entonces, pueden adquirir valores diferentes a los que se observan cuando actúan ligando secuencias en la estructura oracional) o sin necesidad de conectores, pues la contigüidad de los enunciados y el orden de los constituyentes es pauta suficiente para establecer relaciones de dependencia semántico-pragmática (es lo que se llama *cohesión*-σ[2]). Observemos los siguientes ejemplos:

(1)
¿Me ayudas un momento? Sola no me aclaro.

(2)
Dio tres buenos naturales. O a lo mejor eran cuatro (*El País*, 9-3-98: 37).

---

1 Por ejemplo, H. Mederos (1988), siguiendo a Halliday-Hasan, habla de cohesión en los siguientes términos: «una secuencia x (incluida la secuencia Ø) está enlazada cohesivamente con una secuencia y si en la interpretación de x interviene la interpretación de y». Esto es, si para dotar de significado a x hay que tener en consideración y (x presupone y).

2 Para los conceptos de cohesión-s y cohesión-σ, véase E. Bernárdez, 1995: cap. IX.

(3)

Juan debe (de) haber estado en casa. La luz estaba encendida.

(4)

No pises por ahí. Acabo de fregar el suelo.

(5)
Juan se quedó en casa. Estaba cansado.

(6)
Otro cine X cayó en Madrid. No soportan la concurrencia de la calle. La calle es libre y gratis (*El País*, 4-12-98, suplemento «El Espectador»: 18).

En el ejemplo (1), el hablante, mediante un enunciado interrogativo, no está preguntado nada a su interlocutor, sino que formula una petición de ayuda mediante un acto de habla indirecto. No obstante, la naturaleza de este acto de habla, en el que se expresa la intención de que el oyente haga algo en provecho del hablante, hace de él un acto de habla descortés, pues en cierta medida obliga a hacer algo a otro, es decir, dirige su conducta y ello afecta negativamente a la imagen del destinatario; de ahí que el hablante deba hacer un esfuerzo para paliar esa descortesía intrínseca que toda petición posee. A eso obedece que se acuda a una estructura interrogativa y, también, el que justifique su petición para que no se entienda como un simple capricho arbitrario. El enunciado satisface este requisito sin necesidad de explicitar mediante un conector esa relación semántico-discursiva, aunque el hablante también podría haber optado por expresarlo explicitando la relación en un enunciado como:

(1b)

¿Me ayudas un momento? *Porque* sola no me aclaro.

Sin embargo, la explicitud conectiva de *porque* no es más que redundar en el contenido de una relación discursiva que ya existe. *Porque* en este ejemplo no expresa una relación causal con respecto a la otra parte, sino una actitud enunciativa de causalidad: «Te pido esto porque...». No hubiera sido muy diferente si ese segundo enunciado hubiera venido expresado con el conector *es que*:

(1c)

¿Me ayudas un momento? *Es que* sola no me aclaro.

En el ejemplo (2), la conjunción disyuntiva *o* está marcando la relación enunciativa existente entre dos actos de habla diferentes. Ambos actos son aserciones: la primera es una aseveración que transmite una información determinada acerca de lo acontecido en la lidia de un toro; la segunda, una aserción modalizada (*a lo mejor*), también presenta una información sobre lo mismo, pero incompatible con la anterior («tres no son cuatro»). Si ambos contenidos asertivos no pueden sostenerse a la vez, uno de ellos, el segundo, ha de verse como reformulación que corrige una parte de la aserción anterior. El conector *o* que, como conjunción, tiene un semantismo de

elección, es el más indicado para explicitar una relación discursiva como esta, pero no es la única forma que podría aparecer:

(2b)
Dio tres naturales. *Bueno*, a lo mejor fueron cuatro.

(2c)
Dio tres naturales. A lo mejor fueron cuatro.

(2d)
Dio tres naturales. No, cuatro.

Obsérvese cómo en (2d), la incompatibilidad semántica (incongruencia) de dos actos de habla asertivos, obliga a negar la validez discursiva del primero, pero como ya ha sido dicho y sus efectos perduran, el segundo acto de habla se interpreta como una autocorrección.

En el ejemplo (3), se modaliza una aserción como cautela epistemológica, pues tal información (el que esté realmente o haya estado Juan en casa) no se tienen por evidencias reales e irrefutables, sino a partir de indicios, («el haber visto luz encendida»), que permiten extraer tal deducción a partir de experiencias previas, lo que se sabe que puede ser un patrón de normalidad o habitualidad (normalmente la luz en una casa es señal de que está habitada o de que alguien se ha olvidado de apagarla, recuérdese aquí lo que se habló de los marcos, guiones o escenas en relación con el concepto de coherencia). La articulación discursiva entre estos dos actos de habla es de tipo argumentativo y puede ser interpretada como conjetura-datos o argumentos para inferir esa conjetura. De hecho, tal relación puede venir explicitada por conectores argumentativos como:

(3b)
Juan debe (de) haber estado en casa, *porque* la luz estaba encendida.

(3c)
La luz estaba encendida, *así que* Juan debe (de) haber estado en casa.

En (4) el hablante profiere dos actos de habla. El primero es un acto de tipo directivo, ha dado una orden, y esto condiciona en cierta medida su discurso, porque mandar que alguien haga algo en contra de su voluntad es un acto de habla descortés, de manera que el hablante puede verse en la obligación de proteger su imagen y la del destinatario y formula tras la orden el motivo o justificación que se tiene para haberla dado. Obsérvese que esta relación discursiva entre enunciados también podría venir expresada mediante conectores de tipo causal:

(4b)
No pises por ahí *que* acabo de fregar el suelo.

(4c)
Acabo de fregar el suelo, *así que* no pises por ahí.

(4d)
No pises por ahí *porque* acabo de fregar el suelo.

En (5) el primer enunciado debe entenderse como respuesta a ciertas expectativas implícitas defraudadas (algo como «¿no debería haber venido también Juan?»), de esta forma la aserción transmite una información que se entiende como explicación, mientras que el segundo enunciado introduce el motivo de la decisión de Juan a modo de justificación[3].

Por último, en (6), que es el comienzo de una columna de opinión de E. Haro Tecglen, se suceden tres actos de habla asertivos. Con el primer enunciado se transmite una información, se da cuenta de un hecho acaecido. La segunda aserción, en cambio, es de tipo explicativo, añade un juicio, una valoración o interpretación del hablante acerca de qué es lo que puede estar causando la desaparición de los llamados cines X. El cambio de tiempo verbal nos introduce en el mundo de la opinión, del comentario evaluativo de cierto hecho. El tercer enunciado es también de tipo explicativo, amplía uno de los elementos del enunciado anterior. El movimiento enunciativo sería:

Ha pasado X : [otro cine X cayó en Madrid]

La explicación o interpretación que *yo*, sujeto del discurso, doy a ese hecho es Y: [opino que ocurre eso porque Y]; Y= [no soportan la concurrencia de la calle]

→ Ya que en Y pasa Z: [Ya que *ahora Z*]; Z= [la calle es libre y gratis]

Sin embargo, no siempre está tan clara la relación que en la lógica discursiva contraen o pueden contraer dos movimientos enunciativos de un mismo hablante:

(7)

Hay exámenes finales pronto / + Iré a clase cada día.[4]

Puede que el hecho de estar próximos los exámenes se vea como una condición que nos mueva a aprovechar el tiempo de docencia: «Iré a clase diariamente si hay exámenes finales pronto». Pero también como una causa: «Puesto que hay exámenes finales pronto, iré a clase todos los días»; o como una concesión (existencia de un contraargumento posible que se desestima): «Aunque hay exámenes finales pronto, iré a clase todos los días». En todos estos ejemplos, se observa que los contenidos proposicionales de las oraciones que se integran en cada enunciado no varían, pero sí lo hace la interpretación que se le da a la relación entre dos contenidos. En estos casos, las marcas explícitas de conexión suelen aparecer para guiar la interpretación discursiva y actúan como indicios discursivos o «pistas» que orientan y ordenan las inferencias que hay que hacer para entender adecuadamente lo comunicado.

---

3 En cambio, en «Juan estaba cansado. Se quedó en casa» solo se da una relación causa-consecuencia, mientras que en el ejemplo anterior además de la relación de actos de decir subyace otra relación causal de circunstancia. Conviene, pues, distinguir una conexión semántica entre circunstancias («Juan estaba cansado. Por lo tanto se quedó en casa») de la que se da entre actos de habla «Juan estaba cansado. Por eso [+énfasis entonativo] se quedó en casa»).

4 El ejemplo y las posibilidades semántico-pragmáticas están tomados del *Manual de escritura académica II*, Barcelona, Ariel Practicum, 2000: 104.

1.1. Tipos de mecanismo de cohesión

Conviene distinguir dos tipos distintos de mecanismos de cohesión, según el ámbito de actuación en el que operan, en la gramática o en el discurso:

1. La cohesión viene dada gramaticalmente por la estructura de la unidad lingüística. Se trata de una cohesión funcional que marca la dependencia entre dos elementos constituyentes de una estructura y no se manifiesta, pues, más allá de la oración, porque es en esta unidad y en otras menores, como en la frase, donde se dan esas relaciones sintáctico-semánticas de dependencia.
2. Pero más allá de la estructura sintáctica oracional existen mecanismos para marcar las relaciones de dependencia que contraen las oraciones para formar periodos en el interior de los enunciados o, también, las que se dan entre los diferentes enunciados y actos de habla. Estos mecanismos se basan fundamentalmente en:
   a) Relaciones de referencia interna y externa mediante proformas y elementos deícticos que permiten mantener la isotopía discursiva (hay que incluir también aquí el fenómeno de la elipsis).
   b) Relaciones temporales y aspectuales que actúan en la superficie textual como marcas de relación entre acontecimientos.
   c) Recurrencias o repeticiones totales o parciales de elementos lingüísticos ya dichos o de esquemas sintácticos ya utilizados.
   d) Relaciones semánticas de tipo paradigmático y sintagmático entre distintas unidades lingüísticas del texto.
   e) Mecanismos de expansión y de extensión discursiva.

Como se ha dicho ya (cf. tema 24), que se puedan establecer relaciones sintáctico-discursivas entre los diferentes enunciados de un texto, vengan o no marcadas explícitamente, es porque los enunciados abren expectativas discursivas y permiten seguir vías interpretativas de probabilidad, si bien el campo de indeterminación es mucho mayor en el texto que, por ejemplo, en el nivel oracional[5]. De todas formas, hay quienes, como Beaugrande y Dressler (1997) o E. Bernárdez (1995), piensan que en el texto la articulación sintáctica entre sus partes no es muy diferente de lo que se da en el nivel oracional y por ello es posible seguir también un método estructural en el análisis. En este sentido, E. Bernárdez habla también de *hipotaxis* y *parataxis* en la organización sintáctica de la microestructura, según el tipo de información que transmitan los enunciados de un texto. Hay subordinación cuando la relación entre los enunciados es de *núcleo-satélite* (el satélite *está en función* o *subordinado* al núcleo), hay parataxis

[5] Dentro de la oración se puede predecir qué estructura tendrá una oración transitiva o qué elemento seguirá a un determinante.

cuando la relación sintáctica de los enunciados es de *núcleo-núcleo*. Ambos esquemas sintáctico-discursivos se manifiestan en los dos tipos de relaciones que pueden darse en el interior del texto: tanto en las que enlazan semánticamente partes del texto, como en las que establece el locutor en el nivel enunciativo para conseguir que el destinatario haga algo (serían estas un tipo de relaciones de presentación que sirven para favorecer la predisposición del oyente a hacer o creer algo, a admitir relaciones entre contenidos, etc.). Por ejemplo, en una secuencia de enunciados como:

> (8)
>
> Un nómada ha de vivir ligero y cada objeto tiene un valor excepcional y está cargado de sentido. Nuestra sociedad de consumo, en cambio, destruye el sentido de las cosas. Somos la antítesis del rey Midas: convertimos en basura lo que tocamos (R. Montero: «La moda es el opio del pueblo», *El País Semanal*, n.º 1329, 17-3-2002: 120).

Se observa que hay una relación semántico-discursiva de contraste entre partes del texto: *un nómada... / nuestra sociedad...* (explicitada con el conector *en cambio*). Es una relación entre dos núcleos que se entienden como opuestos entre sí y se comparan para extraer diferencias. La relación entre esos contenidos es paratáctica.

En cambio, el siguiente texto hay una relación *núcleo-satélite*:

> (9)
>
> Quien no ha sufrido nunca un ataque de pánico no sabe bien lo que estas dos palabras significan. Es un trastorno psicológico complicado que aparece de pronto, sin motivo aparente, y que, cuando menos, hace pensar al paciente que irremediablemente se va a volver loco o va a morir en uno de esos accesos (*El País Semanal*, n.º 1329, 17-3-2002, 114).

Un enunciado secundario o satélite (esto es subordinado) se interpreta como prueba o evidencia para que el lector aumente su predisposición de creer el contenido nuclear que se quiere transmitir y que está en el segundo enunciado (la elipsis del sujeto en el segundo enunciado es uno de los medios de manifestar cohesión). E. Bernárdez parafrasea del siguiente modo esta relación:

> «R [receptor] podría no creer N [contenido nuclear] en forma satisfactoria para P [productor textual]; R considera creíble S [el contenido satélite o subordinado]; la comprensión de S por R aumenta la creencia de R en N.
>
> EFECTO. Aumenta la creencia de R en N».[6]

La relación discursiva de justificación que se da en (4) «No pises por ahí. Acabo de fregar el suelo», admite una paráfrasis semejante:

> La comprensión de S [acabo de fregar el suelo] por R aumenta la disposición de R a aceptar el derecho de P a presentar N [el derecho a dar la orden].

---

6 *Teoría y epistemología...*, p. 211. En esta página comienza un apéndice muy interesante de las relaciones sintáctico-discursivas propuestas por Mann y Thompson (prueba, justificación, antítesis, motivación, concesión, reformulación, evaluación, resumen...) en la línea de lo descrito más arriba.

2. Medios para marcar la cohesión

2.1. Mecanismos de referencia[7]

En los textos existen elementos que actúan como referentes textuales porque son sustituidos por otros elementos con los que obligatoriamente se relacionan formando una especie de circuitos que ayudan a mantener la unidad entre las diferentes partes. Esos sustitutos actúan como elementos cohesivos y permiten el desplazamiento lineal por el texto en diferentes direcciones: hacia arriba o hacia abajo, hacia la derecha o hacia la izquierda. El fenómeno por el que un sustituto puede reenviar a un referente es la *foricidad* (del griego *phero* 'llevar'). Según la dirección hacia la que apunte, el elemento fórico señala hacia partes del texto ya dichas, *anáfora*, o anuncia partes del texto no dichas todavía, *catáfora*.

H. Mederos, siguiendo a Haliday-Hasan, considera cuatro tipos básicos de cohesión fórica:

- *Cohesión por referencia* (lo pronombres personales y demostrativos, posesivos, etc., remiten a algo que está presente en el universo de discurso).
- *Cohesión por sustitución* de elementos presentes en el discurso por palabras de significado vago e impreciso (*así*, *hacer*, *eso*, etc.).
- *Cohesión por elipsis* (se trata de un caso especial de sustitución que reduce la redundancia del texto).
- *Cohesión léxica* (asociaciones etimológicas, semánticas, formales y morfológicas se irradian en el texto contribuyendo a su textura discursiva).

1. La cohesión por referencia permite mantener temas y entidades que se han introducido en el discurso sin tener que volver a repetirlos, pues la lengua ha habilitado ciertas formas lingüísticas que funcionan como índices capaces de reflejar esas referencias a las que señalan. La función de señalamiento a un referente es precisamente la que hace que sean los pronombres y los otros elementos deícticos los que más claramente explicitan la cohesión textual, garantizando una conexión a distancia. Estos elementos cohesivos que toman prestada su referencia de un sintagma pleno (por lo que cumplen una función endofórica) pueden ser también correferentes del elemento lingüístico que les presta la referencia siempre que ambos designen un mismo objeto extratextual:

(10)
Juan un día aparca el *coche* en el garaje, pero otros muchos *lo* deja en la calle.

(11)
Juan aparcó el *coche* en la calle y su vecino *lo* metió en el garaje.

7 Tomado de Raffaelle Simone, *Fundamentos de lingüística*, Barcelona, Ariel, 1993 (cap. 12, pp. 339-385).

En el primer ejemplo *coche y lo* son correferentes porque remiten a una misma realidad extralingüística, pero en el segundo ejemplo no lo son. Es decir, en la anáfora los elementos pronominales pueden cifrar la misma información contenida en el antecedente o enriquecerse con informaciones nuevas (cfr. tema 24, el ejemplo de los distintos estados por los que atraviesa un pollo en la receta de cocina). En cualquier caso, presupone siempre que el referente está identificado en el universo de discurso, lo cual permite que, en ocasiones, la referencia pueda ser de carácter metalingüístico:

(12)

A Juanón$_i$ su tío lo$_i$ llamaba por ese$_i$ nombre.[8]

Juanón designa a un personaje de la realidad extralingüística, *lo* está coindizado con él, es su antecedente y, en la medida en que se refieren al mismo personaje del mundo extratextual, son correferentes. Pero la anáfora de *ese* se comporta de distinta manera. Es cierto que tiene como antecedente el mismo elemento (coindización), pero ya no se refiere a un elemento del mundo extratextual, sino a una entidad lingüística como tal.

2. Igualmente, ciertas expresiones tienen una capacidad de referencia textual a bloques de contenido dicho o por decir de densidad y complejidad variable (*citado*, *mencionado*, *dicho*, *susodicho*, *lo anterior*, *más arriba*, *más adelante*, *en el capítulo siguiente*, *así*...), de manera que cuando se emplean, organizan espacial o temporalmente la materia discursiva y sirven a lo que se ha llamado la deixis textual. Por ejemplo, «Yo expondría así mis razones: [razones]».

   La sustitución por proformas neutras de carácter vago también permite proyectar una continuidad de sentido textual, encapsulando en pronombres como *ello*, *eso*, *esto* o *lo* contenidos discursivos:

   (13)

   La Poncia.— Mejor será que no me meta en nada

   Bernarda.— *Eso* es lo que debías hacer. Obrar y callar a todo

   (García Lorca, *La casa de Bernarda Alba*.)

   En este ejemplo, el pronombre *eso* encapsula al mismo tiempo una referencia a lo dicho y a lo por decir. Por una parte, actúa como reacción interactiva de acuerdo con lo dicho por Poncia, por otro lado, anticipa el contenido de un segundo movimiento enunciativo de Bernarda que, *grosso modo*, redunda en lo dicho por la criada.

3. La elipsis es otro mecanismo referencial que ayuda a mantener la cohesión textual. La diferencia con la anáfora es que no hay sustitución de un sintagma pleno por una proforma, sino por un elemento cero [ø]. La propiedad más

[8] El ejemplo es de H. Mederos, *Op. cit*, cap. 2.

típica es que, siendo un elemento superficialmente nulo, ejerce influencia en el entorno sintagmático y obliga a que el destinatario colabore activamente interpretando y restituyendo lo elidido para completar la superficie textual. Así, por ejemplo, se puede elidir el verbo porque dos o más oraciones tienen una misma estructura sintáctica. En cuanto al movimiento referencial, la elipsis puede remitir a algo ya expresado, anáfora:

(14)

Pues bien, Internet no solo sirve para la navegación, también ø [sirve] para mantener contacto con personas desconocidas de todo el mundo [personas] que atraviesan los mismos problemas o ø [personas] que, simplemente, comparten gustos y preocupaciones. Estos lugares de la red se suelen llamar grupos de noticias o, en otras ocasiones, ø [se suelen llamar] clubes (*El País Semanal*, n.º 1329, 17-3-2002: 114).

O remitir a algo que vendrá, catáfora:

(15)

No lleva ø medias en invierno. Eso fue lo primero que me llamó la atención, *sus* piernas decrépitas, flacas, descarnadas y muy pálidas, el relieve de las tibias atravesándo*las* de arriba a abajo como una cicatriz. Aquella mañana hacía mucho frío, pero ø llevaba los calcetines enrollados en los tobillos y unas playeras blancas de algodón, tan absurdamente veraniegas como la desnudez de *sus* piernas. Entonces no me di cuenta de que siempre ø empuña un lápiz pequeño y afilado con la mano derecha, ni del carácter de los impresos arrugados que aprieta con la izquierda. Sí escuché *su* voz, ronca pero viva, demasiada voz para un cuerpo tan pequeño como el *suyo*. El primer día que coincidimos me dije además que ø debía de estar enfadada, pero ahora sé que esa es *su* forma de hablar, pegándose con las palabras, con los acentos, un eco brusco, escéptico y combativo, una agresión con la que se defiende al mismo tiempo. Seguramente siempre ø está enfadada, *consigo*, conmigo y con todos los demás, el mundo entero. Seguramente siempre ø está cansada. No me extraña. Las solapas de un chaquetón marinero que *le* está enorme dejan ver sobre *su* cuerpo seco, consumido, las puntillas de un delantal rayado, azul y blanco a juego con la bata, que le llega a la altura de las rodillas, y en estricta discordancia con el color de *sus* canas que se escapan en todas direcciones desde un moño bajo, asegurado de cualquier manera. Es *una mujer muy mayor*, quizá ø no haya cumplido aún los setenta años, pero que ø no aparenta ni uno menos. Me pregunto cuántos hace que ø estrenó *su* primer uniforme de sirvienta. Quizá cincuenta, quizá incluso más. Por eso el primer día que *la* vi *la* dejé colarse sin rechistar —¡Ahora voy yo, eh! A ver, a ver... ¡Tú! A mí ponme un kilo de naranjas... ¡Que no! Que estaba yo antes... Un kilo de naranjas, ¡vamos!, que pareces tonto...—, y por eso cada vez que entro en el mercado cruzo los dedos para no volver a ver*la* (A. Grandes: «Ojalá», en *El País Semanal*, n.º 1.330, 24-3-2002: 192).

La eficacia de la elipsis depende de la distancia que separa la referencia de la elisión que no puede ser muy grande, a no ser que exista continuidad en la elisión (así, por ejemplo, cuando se ha hecho explícito un sujeto en el texto, luego puede omitirse de forma continuada). Pero el texto de A. Grandes es atípico en cuanto a lo que suele decirse del comportamiento de la elipsis catafórica. Hay una gran distancia entre el primer señalamiento catafórico y el sintagma pleno del que tomará la referencia «una mujer muy mayor». Esto sucede, porque la elipsis se ha empleado con la finalidad estilística de crear expectativas sobre un personaje, que empieza anónimo, sigue su descripción minuciosa sin referencia concreta, hasta que por fin se encarna en una mujer peculiar que trabaja en el servicio doméstico. No obstante, este juego de elusiones puede darse porque en el texto solo aparece este personaje (está también la figura del locutor, pero es inconfundible por las marcas de primera persona), y porque cada enunciado está al servicio de la adición de información acerca de él, así se va creando una curiosidad por desvelar la identidad del misterioso personaje.

4. La determinación de sintagmas mediante artículos definidos es también un medio de cohesión textual, pues el artículo es un determinante que funciona como «actualizador ulterior» (F. Lázaro Carreter), es decir remite a entidades que han debido ser introducidas previamente en el universo de discurso, dado que las expresiones definidas presuponen siempre la existencia de sus referentes, bien sea porque pertenecen al entorno situacional y su sola presencia es suficiente para su actualización, bien porque remite anafóricamente (literal o asociativamente) a una entidad indefinida, bien porque el referente esté dado en el contexto cultural, histórico o empírico.

3. Recurrencia o repetición total o parcial de elementos léxicos

La cohesión de un texto puede manifestarse también mediante sintagmas plenos que repiten tal cual otros anteriormente aparecidos (es lo que se llama *copia*), o lo repiten de forma semejante (es lo que se llama *cuasi-copia*). La copia es un fenómeno de redundancia de elementos que no se eliden ni se sustituyen por proforma pronominales. Esto suele darse cuando existe cierta distancia textual de la referencia con respecto a la vez que apareció el nombre, pero no siempre es así, pues la repetición puede deberse también a intenciones estilísticas determinadas, por ejemplo para marcar énfasis. La cuasi-copia no es repetición tal cual, pero existe cierta relación morfológica o derivativa (*saludo / saludar; mujer / mujerona / mujeril*, etc.).

(16)

Nos *saludamos* con afecto pues hacía tiempo que no nos veíamos. Nunca pensé que ese *saludo* fuera el último.

3.1. La nominalización

La nominalización es uno de los mecanismos que más fácilmente se presta a este tipo de cohesión, pues debido a su condición de estructura derivada, no solo léxica o morfológicamente, sino también sintácticamente, es siempre, desde el punto de vista enunciativo y textual, una segunda aparición. En consecuencia, es una construcción gramatical basada en la anáfora. La nominalización remite a algo que ya ha aparecido antes en el discurso (de ahí que suela venir acompañada de un artículo determinado), por lo tanto en la organización del texto implica un enlace referencial con algo ya dicho a lo que está ligado por memorización, que puede ser:

– Una oración con la misma estructura predicativa:

(17)

Conservadores y laboristas proponen *cambiar* el nombre de Heathrow por el de Diana de Gales [titular]

... políticos laboristas y conservadores británicos iniciaron ayer gestiones para *cambiar* el nombre al aeropuerto internacional Heathrow... [entradilla]

La iniciativa podría precipitar una controversia (...) *El cambio* está siendo considerado desde ayer por... (*El País,* 9-9-97: 9).

(18)

Cataluña decide *frenar* drásticamente la apertura de grandes superficies [titular]

La Generalitat catalana *frenará* la instalación de grandes superficies... [entradilla]

La Generalitat justifica *el freno* a las grandes superficies señalando... [2.º párrafo]

– Puede referirse igualmente a un conjunto de ideas que sintetiza y a las que se refiere en una operación semántica de sinonimia (en estos casos es relativamente frecuente encontrar la nominalización precedida de un demostrativo que facilite la relación referencial):

(19)

Asegura que solo necesita mirar a los hombres y su realidad para inspirarse. Una *contemplación* de la realidad que no le preocupa (*El País*, 22-8-97, 23).

(20)

Los hechos son desde luego gravísimos: Garzón afirma haber tenido conocimiento extraprocesal, a través de amigos suyos, de reuniones del juez instructor del *caso Sogecable* con el denunciante del mismo, Jaime Campmany, así como con otras personas que, según testimonios prestados ante él, trataban de meter en la cárcel a Jesús de Polanco [...] A la luz de *esas revelaciones* se entienden mejor... (*El País*, 6-9-97: 10).

– Puede referirse también a algo que aparecerá después: es el caso de la nominalización de titulares que conectan catafóricamente con algo que se explicita luego en el texto. Este fenómeno podría, aparentemente, contradecir la idea de que la nominalización es «desde el punto de vista enunciativo y textual una segunda aparición». No lo contradice, si diferenciamos, como dos sentidos opuestos, los procesos de elaboración del texto y de recepción del mismo. Como lectores lo primero que nos encontramos es el título nominalizado y, a falta de más conocimientos, debemos buscar la referencia más adelante: catáfora. Pero como redactores operamos en un sentido opuesto: primero elaboramos los contenidos de los que vamos a hablar y luego el título lo sintetiza o destaca algo, la idea más llamativa, lo que constituye el centro de interés, etc. Por tanto, el que la nominalización pueda en un texto referirse catafóricamente a algo no pone en peligro ese principio enunciado (Méndez, 2003).

4. Relaciones textuales basadas en conexiones de semántica léxica

1. La sinonimia también es, en cierta medida, un fenómeno de repetición, porque hay reiteración de contenidos, pero con diferente forma. La sinonimia puede ser de dos tipos: *contextual* (o no lingüística), válida solamente en el texto en el que dos sintagmas plenos se relacionan por correferencia. Por ejemplo, «José Luis Zapatero y presidente del Gobierno»; «Cela y el autor de *La Colmena*»; «Curro Romero y el Faraón de Camas». Los segundos elementos de cada pareja son sinónimos contextuales, cuyo vínculo se basa en un conocimiento extralingüístico de carácter enciclopédico sobre el mundo. En cambio, la sinonimia léxico-semántica, sí es de carácter lingüístico porque los elementos que forman partes del texto sí contraen una relación estructural con otros elementos de la lengua: *novillo* y *eral; torero, matador* [de toros], *el espada*.

2. Hay otras formas de relación léxico-semántica entre diferentes partes del texto, por ejemplo, el fenómeno conocido como encapsulamiento. Se trata de un mecanismo de cohesión mediante el cual se establecen relaciones de referencia anafórica o catafórica entre un segmento textual de contenido semántico amplio, vago o impreciso, el cual actúa, dentro de determinados contextos, como sustituto de un referente extenso, constituido por un fragmento textual mucho más explícito. Son palabras encapsuladoras en ciertos contextos *hecho*, *circunstancia*, *acontecimiento*, *situación*. Algunas veces, el elemento que actúa como encapsulador de un elemento referencial extenso puede denotar la naturaleza de la referencia encapsulada, añadiendo un elemento subjetivo

de valoración, por ejemplo, calificar cierta circunstancia como *tragedia* o ciertas situaciones como *fiesta*, etcétera:

(21)

Paco Alcalde herido grave en Cehegín [titular]

El banderillero Paco Alcalde sufrió una cornada grave en la corrida que se celebró ayer en la plaza murciana de Cehegín. *El percance* se produjo durante la lidia del tercer toro. Según el médico del coso, José García Ayllón, la *cogida* no produjo lesiones vasculares ni articulares. El *herido*, a petición propia, fue trasladado a Madrid.

Con tres cuartos de entrada se lidiaron toros de Luis Albarrán que dieron buen juego. Manuel Caballero, oreja y dos orejas. Pepín Liria, oreja y dos orejas. Rivera Ordóñez, oreja y silencio.

Otros *festejos* del domingo en los que hubo profusión de *trofeos*... (*El País*, 9-3-98, 37).

3. Otras veces la cohesión léxico-semántica viene dada por la configuración de un marco de experiencia o guion al que se ajusta el discurso como si fuera un patrón o canon. Todo lo que se conoce acerca de cómo es o cómo debe funcionar ese canon se va activando en las distintas secuencias nominativas, proporcionando cohesión, gracias a la continuidad de sentidos o mantenimiento de isotopías. Esto puede ejemplificarse fácilmente con una crónica taurina:

(22)

Mansitos [titular]

Los *novillos* resultaron *mansitos*. Más bien cabría decir *mansitos* porque de *trapío* no andaban muy allá y algunos tenían carita de *eral*.

La carita y el cuerpecín, se debe precisar. Resultaron *mansos* en estilo de *mansedumbre* que ahora se lleva: una *mansedumbre* mortecina y bucólica. La cantaban en la *prueba de varas*, donde se mostraban espantadizos, escapaban rebrincados cuando no era tirando tres coces —o a lo mejor serían cuatro— amagando la integridad física del amorfo *percherón*. Y la ratificaban en el *episodio muleteril* mostrando una penosa debilidad locomotriz, un humillante conformismo.

Hubo un *novillo* diferente, quizá tan cobardón como los anteriores ante la *descomunal caballería* que cabalga siniestro *individuo tocado de castoreño* (quién no lo sería en parecidas circunstancias ¿verdad?), pero nada débil ni conformista. Antes al contrario, ese *novillo*, en cuanto se sintió liberado de la destructiva *acorazada de picar*, se puso a *embestir* con recreada *codicia* y, según suele suceder en estos casos, la *fiesta* se reveló argumentada y emocionante, tal cual la concibieron *Pedro Romero* y el *Cúchares* de inevitable evocación y los restantes padres de la *tauromaquia verdadera*.

Y hubo un *torero* con agallas que dio la medida de su valor —se llama El Cid, nada menos—, al aguantar con firmeza las *acometidas*, no dejándose desbordar por ellas, y si bien al principio no cogía el ritmo de aquel

> tren en marcha, fue capaz luego de *instrumentar tandas de redondos* con *templado recorrido* e irreprochable reunión. O sea, que muy bien.
>
> La *afición* se las prometía muy felices: acababa de empezar el *festejo*, a su vez la *temporada*, y ya estaba en la *arena* ese *toro de casta* que demanda el orden y el concierto de los *tercios de la lidia*, que requiere *lidiadores* dotados de valor y técnica. Sin embargo la felicidad duró poco: el segundo *novillo* que *saltó a la arena* ya no era igual; tampoco los cuatro restantes. Y la llamada *fiesta* volvía a ser ese espectáculo tosco, tristón, desproporcionado y aburrido que trajeron los inventores de la *neotauromaquia* pobretona y falsa.
>
> Aquel *torero* con agallas que se llama El Cid (nada menos) no parecía el mismo cuando se puso a *pegarle pases* al *borrego* que *hacía cuarto*. Es verdad que muchos *toreros* apenas destacan ni alcanzan *cartel* a causa de sus propias limitaciones; mas tampoco son escasos los que se malogran por las discutibles facilidades, los extemporáneos mimos y los indebidos enjuagues de *apoderados* y esa jarca de *taurinos* impresentables que tiene secuestrada la *fiesta* [...] (J. Vidal: «Mansitos», *El País*: 9-3-98, 37).

El tema de este texto, una crónica taurina, emplea una cohesión léxica basada en las relaciones semánticas que contraen las palabras relacionadas con el mundo del toreo, de manera que van formando cadenas nominativas que mantienen esa continuidad de significados. Las corridas de toros son una actividad que ha creado parámetros prototípicos: el ser de la fiesta (número de toros o novillos, número de toreros y reparto de los toros, las suertes del toreo, etc.) y un vocabulario (no siempre técnico) relacionado con ella: ya sea referido a los protagonistas (*torero*, *toro*, *individuo tocado de castoreño*, *borrego*, *percherón*, *casta*, etc.), al escenario (*arena*, *redondel*, *tercio*), a las acciones (*embestir*, *acometidas*, *instrumentar tandas de redondos*, etc.), a los instrumentos (*episodio muleteril*, *prueba de varas*, *acorazada de picar*); ya sea destacando cualidades o valores que se aplican a acciones o protagonistas (*mansedumbre mortecina y bucólica*, *recrecida codicia*, *fiesta argumentada*, *aguantar con firmeza*, *templado recorrido*, etc.); ya sea refiriéndose a modelos de buen toreo (Pedro Romero y Cúchares), etcétera.

4. Otros mecanismos de cohesión textual son las relaciones semánticas de carácter estructural que se dan entre sintagmas plenos, del tipo *pertenencia a* o relaciones de *hiperonimia* e *hiponimia* que permiten los movimientos de generalización o especificación semántica, respectivamente. Es decir, el proceso lógico de incluir lo particular en lo general: a menor *contenido intesional* del significado mayor poder de generalización o de extensión referencial: *animal* < *vertebrado* < *mamífero* < *acuático* < *ballena*. Son relaciones de *cohiponimia* las que se dan entre diversos elementos que contraen una relación de hiponimia con un mismo hiperónimo: *novillo / toro / caballo*, etc., son diferentes hipónimos del hiperónimo *animal*. Se conoce como *meronimia* las relaciones que se dan entre secuencias léxicas que expresan *parte de*: *novillo* / *cara* [*carita*]/ *cuerpo* [cuerpecín]/ *patas*, *coces*, etc. Algunos merónimos activan las referencias gracias al conocimiento del mundo que tienen los hablantes (casa-chimenea-sótano-porche).

5. Hay, también, relaciones de complementariedad que se dan entre cohipónimos que se presentan por parejas de opuestos: *salir / entrar; subir / bajar; vivo / muerto*. O de simetría, en las cuales los significados de dos términos están implicados mutuamente: *padre* / *hijo*; *dar* / *tomar*; *vender* / *comprar*; *encima* / *debajo*.

6. Igualmente, actúan como mecanismos de cohesión textual lo que se conoce como solidaridades léxicas o co-locaciones, o sea, los vínculos sintagmáticos estables entre diferentes palabras: *acérrimo* y *enemigo*; *batir* y *récord; convocar* y *oposiciones*, *reglamento*, *ley* y *contemplar; romper* y *acuerdo* o *relaciones, bomba* y *explotar, rebaño de ovejas, piara de cerdos, cosecha de aceitunas, pertinaz sequía, baraja de cartas, loncha de jamón, rebanada de pan*. Por ejemplo, «Luis ha ganado las oposiciones. Se habían convocado hace más de un año».

   Como puede verse, toda forma de alusión o reenvío intratextual permite ir tejiendo una red de relaciones semánticas y referenciales que le dan unidad y van garantizando su macroestructura, a la vez que facilitan su comprensión. Veamos:

   (23)

   En Hispanoamérica escasean las *autobiografías*, y *este hecho* se ha explicado como producto del *pudor hispánico*: pero *tal escasez* no puede atribuirse a la *contención nacional*, sino a que el *género* exige una ficcionalización del sujeto ajena a las necesidades y proyectos de muchos de *nuestros escritores*. En el caso de *Sarmiento*, la *ensoñación de la memoria* se une a la intención política... (G. Reyes: *Como escribir bien en español*, 139).

   Las referencias internas de este texto son:

   Escasean las autobiografías = este hecho = tal escasez

   Pudor hispánico = contención nacional

   Autobiografía = género

   Hispanoamérica = [escritores hispanoamericanos] = nuestros escritores = [uno de nuestros escritores] = Sarmiento

   Ficcionalización de la memoria = ensoñación de la memoria

5. Relaciones de expansión de la materia discursiva: la conexión mediante conectores

En los textos se puede observar una conexión entre sus partes semejante a las que se dan en el interior de los enunciados entre las oraciones. De hecho, es fácil que se aprovechen como elementos para explicitar este tipo de cohesión las conjunciones coordinantes o subordinantes propias de la oración compleja. Así, es bastante frecuente que tras una pausa débil (la que separa un enunciado de otro) o una pausa fuerte (la que separa un párrafo de otro) puedan aparecer conjunciones como *y, pero, o, aunque, mientras que, como, porque*.

Por ejemplo, *y* expresa adición: «y la ratificaban en el episodio muleteril». O, simplemente, énfasis: «Y hubo un torero con agallas que dio la medida de su valor». *Pero* expresa contraposición argumentativa; *o* sirve para la autocorrección enunciativa: «cuando no era tirando tres coces —o a lo mejor eran cuatro—», y el subordinante *porque* para expresar motivación que se tiene para decir algo.

Lo general es que un texto combine distintos tipos de cohesión, e incluso, que no haga explícitos los vínculos semánticos-pragmáticos que ligan un enunciado con otros, pues la mera contigüidad textual es pauta suficiente para ligarlos en la interpretación[9]. Suele decirse que la preferencia por una relación entre enunciados sin conectores se corresponde con un estilo más expresivo, así sucede, por ejemplo, en el uso coloquial, en el que la entonación suple con creces la ausencia de conector explícito. También es frecuente observar asíndeton en textos que se construyen con enunciados muy simples y breves. Véase esto en la siguiente columna de E. Haro Tegclen, que combina las dos formas de cohesión (cohesión-s y cohesión-Ø) de las que habla E. Bernárdez:

> (24)
>
> Otro cine X cayó en Madrid; no resisten la concurrencia de la calle. La calle es libre y gratis. Pero cuando paseo, me fijo algo en el entorno: ya no hay mirones, ni siquiera viejos verdes. O son prudentes. Todo ha cambiado.
>
> Quedan pocos cines X. Pilar Miró los autorizó a la manera socialista —es decir, con restricciones, ceño fruncido, gestos de reprobación: sin fotos en la fachada sin publicidad; con los precias más altos que los de los cines decentes— y salió uno en cada esquina. Se han ido cerrando o transformando, como este sobre cuya vertical escribo. No tienen público.
>
> Este que se cambia ahora por cine de vanguardia fue en otros tiempos teatro de vanguardia (glorioso: el Pequeño Teatro), está debajo de mi casa: salgo ganando. Veía a veces deslizarse hacia él alguna sombra pudorosa: cada vez había menos. El pudor del hombre es mayor que el de la mujer. El erotismo o la pornografía (elija cada uno su palabra para un mismo fenómeno de expresión) se ha ido reduciendo también en la televisión: una presión del público consumidor —el dinero coincide con otras señas; posiciones políticas, morales, contactos con el poder— hizo su carambola a través del anunciante.
>
> Y además, la demanda se reduce. El español salía atontado de los cuarenta años de censura: se enteró por fin de cómo eran las mujeres, y las mujeres de cómo eran los hombres —por lo menos, del arquetipo de los actores y actrices especiales, y de sus dobles de cuerpo—, y de cómo se hacían esas cosas; y poco a poco se fue desinteresando. El verdadero aficionado tiene un vivero en Internet, con fotos gratis; si paga algo, los actos sexuales se pueden realizar en directo, y puede conversar con los actuantes, y ser interactivo (dentro de su soledad: lo virtual es lo virtuoso).

---

9 «Llovía. Juan estaba en Madrid. Pedro en Roma. No había nadie con quien pasar el rato del almuerzo. Me aburrí bastante.»

> Si es más refinado, puede ver los canales de desfiles de modelos, que son para todos los públicos y a cualquier hora. Entre eso, que está considerado como cultura, y la lectura de los anuncios de prostitución en los periódicos diarios (facturan por 1.500 millones de pesetas al año), que son en realidad buena información, una persona normal tiene bastante. Puede resolver el invierno. En verano, la calle ha sido bastante incitante. Pero ahora tienen frío. La relación entre el descenso de la natalidad y la caída de la pornografía la puede establecer cualquier maligno. Yo mismo. (E. Haro Tecglen: «Natalidad y pornografía», *El País*, 4-12-98, El Espectador, 18)

Al comentar el ejemplo (6), tomado de este texto, se señalaba que el movimiento enunciativo que liga a los tres enunciados con que se abre el párrafo primero es:

> Ha pasado X⇉ [*Otro cine X cayó en Madrid*]
> La explicación o interpretación que *yo*, sujeto del discurso, doy a ese hecho es
> Y⇉ [opino que ocurre eso porque Y]; Y= [*No soportan la concurrencia de la calle*]
> Ya que en Y pasa Z⇉ [Ya que *ahora* Z]; Z= [*La calle es libre y gratis*]

Estos tres enunciados han tomado un sentido argumentativo que podría llevar a concluir que «los consumidores habituales de cine X se conforman con mirar lo que pasa en la calle» (o por la calle). La calle estaría, pues, llena de mirones y viejos verdes. *Pero no es así* (al menos, en cuanto a lo que el productor textual ha podido constatar). Esa es la función argumentativa que explicita el conector *pero*, la contrargumentación va ligada a las deducciones que hace el locutor según su propia experiencia: «Pero cuando paseo me fijo algo en el entorno: ya no hay mirones, ni siquiera viejos verdes». Como la aserción *no hay mirones ni viejos verdes* está extraída como conclusión de una observación que puede haber sido engañosa, necesita, en un nuevo movimiento enunciativo, hacer gala de cierta cautela epistemológica: «si los hay pasan inadvertidos», el conector *o* es el que sirve para introducir un matiz que modaliza la aserción anterior.

En el siguiente párrafo, se suceden distintos tipos de actos de habla: una primera aserción a la que le sigue otra que introduce una información nueva, relacionada con la anterior mediante la conexión anafórica del pronombre con su referente. El complemento modal «a la manera socialista» es una valoración de tipo axiológico, cuyas implicaciones solo conoce el productor textual, corre, por tanto, el peligro de ser ininterpretable por el lector. Una reflexión metadiscursiva, semejante a la expuesta en el texto, es lo que lleva a este locutor a precisar de qué manera hay que entender dicho complemento modal. El inciso discursivo, aislado por la puntuación e introducido por el conector *es decir*, completa el sentido de la valoración (que al ser negativa, se interpreta como una crítica): *ceño fruncido, gestos de reprobación: sin fotos en la fachada, sin publicidad...* La aserción, que había quedado interrumpida por la irrupción a modo de comentario explicativo de Haro Tecglen, se reanuda con la adición de un nuevo movimiento enunciativo, también de tipo asertivo: «Y salió uno en cada esquina». El siguiente acto de habla: «Se han ido cerrando o transformando, como este sobre cuya vertical escribo», expresa la constatación de un hecho, los tiempos verbales de la esfera de presente contrastan con los del enunciado anterior (*ahora* / *antes*), de ahí el sentido de contraposición que se desprende por la sola relación de contigüidad (*pero*). La siguien-

te aserción se entiende como una explicación, un juicio que asume el productor textual a partir de la evaluación que hace de los datos de la realidad, expuestos previamente. Los conectores *pues* o *ya que*, serían redundantes y restarían efecto a lo comunicado. Se observa, pues, que es el propio productor textual el que va emergiendo sucesivamente de su propio texto, garantizando con su sola presencia enunciativa la cohesión textual. En esos casos, la presencia de conectores reitera la conexión semántico-pragmática, por lo que puede ser un rasgo de estilo su omisión. Si se sigue el análisis de los otros párrafos, se observará que los recursos estilísticos del autor son semejantes. Combina momentos narrativos con comentarios en los que aparece como responsable enunciativo, los cuales pueden ser de tipo explicativo o deductivo. En suma, juicios que evidencian un pensamiento racional, cuya asunción puede no ser compartida, como, por ejemplo cuando escribe: «El pudor del hombre es mayor que el de la mujer». Incisos, a modo de comentario al hilo de la argumentación, aislados tipográficamente por paréntesis: «(elija cada uno su palabra para un mismo fenómeno)»; o mediante guiones largos o rayas «—el dinero coincide con otras señas; posiciones políticas, morales, contactos con el poder—». La ventaja que puede suponer para Haro Tecglen omitir conectores y relacionantes, reside precisamente en dejar libertad interpretativa al lector. Si el lector es capaz de seguir su lógica discursiva, al hacerlo, comparte con él la argumentación. Es decir, al no concretar conectivamente la relación enunciativa entre los distintos actos de habla, no lo está forzando a admitir tales relaciones, son conclusiones que libremente va extrayendo el que interpreta. Este modo de actuar es más relevante aquí, especialmente cuando quiere dejar implícita una conexión entre dos hechos ligados por una base de comparación muy débil: «La relación entre el descenso de la natalidad y la pornografía la puede establecer cualquier maligno. Yo mismo».

5.1. Características de los conectores

Como se puede deducir de lo dicho, parece que la conexión textual no es solo algo que atañe a la textura discursiva superficial, sino que debe estudiarse como algo más profundo, como una operación de tipo enunciativo que deja traslucir a un productor, consciente de las relaciones que lo ligan a la situación comunicativa, especialmente, a su destinatario y a su propio decir. Esto quizá pueda explicar varios hechos que tienen que ver con su configuración lingüística. A saber:

– Por qué los conectores, llamados también (quizá con mayor propiedad) *marcadores del discurso* no ejercen una función sintáctica en la oración (*enlaces extraoracionales*, como los llamó Gili Gaya), sino que se sitúan en los márgenes de la predicación[10].

[10] «Solo serán marcadores del discurso aquellos signos que no contribuyen directamente al significado conceptual de los enunciados, sino que orientan y ordenan las inferencias que cabe obtener de ellos. Esto es, el significado de los marcadores contribuye al procesamiento de lo que se comunica y no a la representación de la realidad comunicada» (Martín Zorraquino y Portolés Lázaro, 1999: 4058).

– Por qué muchos de ellos tienen una capacidad modalizadora o de prevención y cautela epistemológica; o sirven a la explicación, a la rectificación, a la síntesis, a la reformulación, a la ilación del discurso; o actúan como operadores argumentativos que sopesan la importancia del contenido informativo, permitiendo resaltar la fuerza argumentativa de unos enunciados con respecto a otros.

Como estas operaciones son todas ellas de tipo enunciativo, no debe extrañar que el paradigma de los conectores discursivos, pese a ser muy heterogéneo, esté formado por:

A) Elementos que tienen un origen subjetivo. Es decir, por formas lingüísticas, ligadas a operaciones lógicas o axiológicas que han de interpretarse en relación con el sujeto de la enunciación. Si se tiene esto en cuenta, observaremos que la mayoría de los conectores tiene en su base semántica operaciones que implican una toma de partido por parte de quien habla, como asertar (que es comprometerse con la verdad de lo dicho); atribuir (*esto es, es decir, o sea*...); comparar (*mejor dicho, mejor aún, más bien*...); elegir (*o*); distribuir (*por un lado... por otro*); contraponer (*pero, en cambio, sin embargo*...); justificar el decir (*porque*); llegar a conclusiones extraídas de la inferencia de unos datos (*ya que, así pues, pues, por tanto, por consiguiente*).

B) Elementos cuyo significado está relacionado con operaciones de tipo axiológico y valorativo, además de la operación de comparar, vista más arriba, habría que tener en cuenta conectores como *bien*, *bueno*, *vale*, *claro*, adverbios y locuciones adverbiales de tipo modal.

C) Elementos que apuntan enunciativamente al otro polo de la comunicación, los llamados fáticos o enfocadores de la alteridad (*hombre, tío, mira, oye, vamos*...).

Es cierto que los marcadores del discurso son muy difíciles de sistematizar no solo porque no constituyen una clase de palabras homogénea (desde conjunciones o locuciones conjuntivas y adverbios, hasta interjecciones, pasando por formas verbales de imperativo, construcciones absolutas, etc.), sino también porque muchos de ellos no están completamente gramaticalizados y porque, en general, gozan de cierta libertad distribucional (no obstante, algunos suelen ser más frecuentes como inicio de enunciado: *o sea*, *ahora bien*, *así pues*, *esto es* y algún otro más), que viene reforzada por una entonación característica de tipo parentético, reflejada en la escritura mediante comas. Sin embargo, suelen darse ciertas o propiedades caracterizadoras de esta clase de palabras:

1. Entre las características fónicas, destaca el hecho de que son elementos de escaso cuerpo fónico, que poseen curva entonativa propia, debido a su carácter marginal (pueden ser segmentos tónicos o átonos).

2. Morfológicamente, son palabras o grupos de palabras caracterizadas por su invariabilidad. No pueden sufrir flexión, ni modificación sintagmática. No obstante, esa propiedad es síntoma de su proceso de gramaticalización, de forma que se pueden encontrar ciertos marcadores que permitan complementos (*además de*, *encima de*, *aparte de*, *primero de todo*). El origen de estos elementos conectores es muy variado. Su función discursiva hace que fundamentalmente sean adverbios deícticos temporales (*entonces*, *luego*, *antes de*...), espaciales (*de ahí*, *encima*...) o nocionales (*además*, *bien*...) los encargados de relacionar fóricamente unas partes del discurso con otras. Pero también se prestan a ello adjetivos (*bueno*, *claro*), grupos adverbiales (*más aún*, *más bien*, *antes bien*), formas verbales (*o sea*, *vamos*, *es decir*, *esto es*, *yo qué sé)*, construcciones nominales con preposición (*sin embargo*, *de hecho*, *en suma*, *en definitiva*) (Fuentes, 1996).

3. Sintácticamente se caracterizan porque no desempeñan ninguna función en la estructura oracional, pues son índices que relacionan movimientos enunciativos diversos[11]; no pueden ser focalizados informativamente (consecuentemente no pueden ser destacados mediante perífrasis de relativo del tipo:

   *Es *además* que es sorda (< además que es sorda).

   *Es *por consiguiente* por lo que sería la mejor Miss España (< por consiguiente sería la mejor Miss España / Es por este motivo por lo que sería...).

   Tampoco pueden ser respuesta a una interrogativa parcial:

   ¿Cómo le pueden haber dado el premio a ese *candidato*? —**por consiguiente* (/ por ese motivo).

   Pueden combinarse entre sí:

   Pero además (*y además*) te quedas con esto.
   Además, en cualquier caso la cuenta la pago yo.
   Es que vamos a ver, ¿no se da cuenta de lo que yo quiero decirle?

4. Semánticamente se caracterizan por carecer de contenido denotativo referencial. Su significado es de tipo procedimental o instruccional, pues guían la interpretación dando indicios sobre:

   a) El significado de la conexión (adición, oposición, causación, sucesión, etc.)

   b) La orientación argumentativa de los enunciados

   c) La estructura informativa (distribución u ordenación de la información).

   Consecuentemente, estos elementos se aprovechan textualmente para garantizar o redundar en la cohesión discursiva, jerarquizar la información y evaluar su importancia comunicativa, indicar cambios en el tema o rupturas del hilo discursivo, digresiones, comentarios e incisos (Pons Bordería, 1998).

---

[11] Por ejemplo, actuar como elementos demarcativos que segmentan unidades del habla, o facilitar la progresión temática, o el cambio de tópico, etcétera.

5. Pragmáticamente actúan relacionando el enunciado con su contexto enunciativo y situacional, con los participantes de la comunicación (huellas de la subjetividad del locutor: modalización, evaluación o juicio axiológico, fáticos y apelaciones interactivas, etc.), y como marcas de la estrategia conversacional (toma de turno, mantenimiento de turno, continuativos, expletivos).

5.2. Clasificación de los conectores y marcadores del discurso[12]

Martín Zorraquino y Portolés distinguen cinco grupos de marcadores: estructuradores de la información, conectores, reformuladores, operadores argumentativos y marcadores convencionales.

5.2.1. Estructuradores de la información

Son marcadores sin orientación argumentativa que ordenan y distribuyen la materia discursiva. Pueden tipificarse como: comentadores (*pues*, *pues bien*, *así las cosas*...), digresores (*por cierto*, *a propósito*...), ordenadores de la materia discursiva (de apertura, de continuidad, de cierre), en función del cometido textual que desempeñen.

A) Dentro de los comentadores, merece la pena detenerse en el conector *pues* (que puede entrar en combinación sintagmática: *pues bien*). Aparece en posición inicial, presentado el enunciado que introduce como una expansión de la materia discursiva que se presenta como comentario, como nuevo dato informativamente relevante:

> (25)
> A usted van a estar esperándola una cantidad de periodistas —dijo el hombre—. *Pues* tenga cuidado. Cualquier palabra de más puede costarle la vida a su cuñada (G.ª Márquez *Historia de un secuestro*, cit. Martín Zorraquino-Portolés *GDLE*, 4084).

Esto explica su especialización en el coloquio como respuesta en intervenciones reactivas a preguntas, aserciones o mandatos:

> (26)
> ¿Hacia dónde creen que va la moda?
> — ¡Uf, si lo supiéramos!
> — *Pues* desde el punto de vista del gran almacén, se está demandando funcionalidad, comodidad... Y luego, el polo opuesto: cosas especiales para momentos muy especiales (*El País Semanal*, 24-3-02, 72).

---

12 En este punto se seguirá la propuesta que hacen Martín Zorraquino y Portolés Lázaro (1999: 4080 y ss.), así como la de Fuentes (1996).

O en textos monologales escritos, empelados por el productor textual como huellas de la inmediatez comunicativa propia de lo oral y del carácter dialógico más o menos explícito que subyace a todo producto de discurso:

(27a)
La mujer se acoplaba en un sillón o en el asiento de un coche y un francés tras otro se la iban beneficiando. Dirán las feministas: también se los beneficiaba ella. *Pues* no. Porque ella sólo quería ser una mujer-objeto de placer (E. Lindo, «Vidal eres el más grande», *El País Domingo*, 14-4-02: 13).

(27b)
Y luego nos preguntamos por qué la vivienda se ha puesto por las nubes en los últimos años. *Pues* por arte de magia, señora, caballero, pero por arte de magia negra, que es la que produce el dinero opaco (J. J. Millás, «Magia», *El País*,19-4-02: última).

Combinado con *bien* se ha especializado para el comentario que sigue a una aserción asumida:

(28)
He dicho que vemos desde la memoria; *pues bien*, también precibimos desde el lenguaje (cit. *GDLE*, 4085).

B) Los digresores[13] sirven para introducir un comentario lateral en relación con el tema principal del discurso: implican siempre una actitud enunciativa de discurso y, de hecho, pueden interrumpir una narración para introducir el punto de vista del locutor (por ejemplo dar un consejo, hacer una advertencia, sugerir, evaluar). En otras ocasiones se emplea para introducir una información colateral vinculada de algún modo a lo ya dicho:

(29)
Después de cantar, y ante una enfervorizada masa de un centenar de militantes [...], Madrazo pidió la abolición de la Monarquía con las prisas y agobios propios de su edad —a propósito ¿qué edad tiene Madrazo?—, el hombre proclamó a los cuatro vientos sus legítimas y legales aspiraciones republicanas, porque esta Monarquía corona una Constitución donde la libertad de ideas y de expresión está garantizada (A. Ussía: «El cantante», *Abc*, 16-4-02: 11).

(30)
Ha llegado más tropa. Y ha salido mucha para el frente. El café estaba lleno de oficiales. *Por cierto* que esta tarde han traído el cadáver del capitán Vázquez, el padre de un compañero de Chema (cit. *GDLE*, 4091).

---

13 Hay quienes entienden que los digresores son una subclase de los ordenadores del discurso (introductores abruptos de un tema nuevo), pues sirven para demarcar secuencias textuales que rompen la linealidad temática y que están conectadas o asociadas de algún modo con lo que se ha dicho: bien porque añaden una información de tipo marginal o secundaria, bien porque son un juicio colateral de tipo comentador, bien porque introducen una excusa.

C) Asimismo, existen muchas secuencias que se han especializado como medio de ordenar la disposición de la materia discursiva, algunas tienen un origen temporal (*luego*, *entonces*, *después*), valor que han perdido para ajustarse a esta función discursiva y actuar como elementos que manifiestan la conciencia que tiene el hablante de que su producto está plenamente organizado y trabado. En general, la base de los ordenadores está en la numeración (*primero*, *segundo*, *tercero*...) y en la correlación (*por un lado*... *por otro*). Los ordenadores se disponen estratégicamente a lo largo del texto, y pueden funcionar como:

– *Introductores*: señalan el comienzo del discurso, *para empezar..., ante todo..., en principio...* Dentro de la conversación coloquial hay también otros modos de introducir el tema del que se quiere hablar: *bueno, bien, bueno vamos a ver, mire usted, pues... veamos, ¡hombre qué quieres que te diga, pues...* En general estos marcadores conversacionales suelen aparecer al comienzo de intervenciones reactivas que responden, objetan o explican algo al interlocutor que lo demanda.

– *Continuativos*: sirven para mantener la ilación discursiva, *entonces, y, bueno y, pues, vamos, ya te digo...*, se emplean con esta función en situaciones orales de tipo coloquial. En la lengua escrita aparecen otros marcadores que cumplen este cometido. Es el caso de *asimismo*, especializado en añadir un nuevo contenido discursivo en la misma línea argumentativa que los anteriores. *Igualmente*, establece una base de comparación que apunta al mantenimiento de la orientación argumentativa de la secuencia que se añade con respecto a contenidos anteriores. Otros conectores menos gramaticalizados son *de igual forma*, *del mismo modo*, *de igual suerte*, *de la misma manera*, etc. La incorporación de nuevos contenidos discursivos que continúan con el hilo temático o argumental puede hacerse dentro de cualquier unidad textual, por lo que es frecuente que estos elementos sirvan para abrir párrafos:

> (31)
> Una prueba de que la tarea no está exenta de dificultades es la expresión los *lenguajes políticos*, que algunos autores consideran más apropiados debido a la pluralidad y diversidad con que se manifiesta nuestro objeto de estudio: lenguaje comunista, lenguaje fascista, discurso parlamentario, discurso electoral, arengas políticas. Etc.

Asimismo, la dificultad de la que hablamos está también relacionada con la diversidad y pluralidad de enfoques con que se ha abordado su investigación (Fernández Lagunilla: *La lengua en la comunicación política I*, Madrid: Arco Libros, 7)

> (32)
> Así, un mismo acontecimiento, objetivamente anterior, se expresa, según la perspectiva adoptada, con el antepresente o con el pretérito. *Igualmente*, cuando alguien interroga *¿Ha vuelto Juan?*, se emplea la forma compuesta (E. Alarcos: *Gramática de la lengua española*, Madrid: Espasa-Calpe, 1994, 166, cit. M. Zorraquino-Portolés, *GDLE*, 4090).

– *Enumerativos*: se emplean en correlación de al menos dos términos y aluden a la disposición ordenada de la materia discursiva: *en primer lugar, en segundo lugar..., de una parte... de otra*, *primero... segundo... tercero*, *de un lado... de otro*, *por un lado... por otro*, *luego*, *después*... La prelación de la información, puede ser, además, indicio de su peso informativo (*primero de todo*): aparecen en primer lugar los elementos más relevantes, a los que se concede más importancia y luego se van desgranando otras informaciones que expanden la materia discursiva aportando nuevos datos que van en la dirección argumentativa abierta por el primer elemento de la secuencia distributiva:

> (33)
>
> Porque, vamos, *primeramente* es la estética de la ciudad y *después por otro lado* que... no sé, por lo visto se tropezaron con... Con cimientos de por aquí y de por allí y no sé (Encuestas, P1H3, p177, cit. C. Fuentes 1996: 49).

Pero no siempre ha de existir ese matiz escalar en la información. Por ejemplo los distributivos *de una parte... de otra*, *por una parte...por otra*, son neutros en los que respecta a la valoración informativa:

> (34)
>
> Se argumenta que la reforma es innecesaria porque la ley de 1978 ya prevé la declaración de ilegalidad de los partidos. Sin embargo, los intentos de aplicarla para impedir la legalización de HB desembocaron en la desautorización por el Supremo. *De un lado* porque consideró que un organismo administrativo, el Registro de Partidos, no podría decidir sobre un derecho fundamental como es el de asociación; *de otro*, porque la ley hace depender esa declaración de la documentación presentada por el propio partido (P. Unzueta: «Si HB fuera alemana», *El País*, 11-4-02: 20).

– *Conclusivos*: «Son aquellas fórmulas que, independientemente de que lleven delante otras expresiones de secuencialidad o enumeraciones, se usan para marcar el último enunciado del párrafo o la última parte de este» (Fuentes, 1996: 49). Esto es, sirven para marcar el final de una parte textual (enunciado, párrafo, texto): *finalmente, en fin, por fin, en resumen, para concluir.* Algunas son más frecuentes en la lengua coloquial, por ejemplo, *total*, *en fin... bueno*

> (35)
>
> En los últimos años, a partir del setenta, comenzaron las huelgas universitarias y, lo que es peor, empezaron los alumnos a poner los pies encima de la mesa, a fumar durante las clases y, *por último*, se negaban a levantarse cuando yo entraba (Vallejo Nájera: *La puerta de la esperanza*, 154, cit. Fuentes 1996, 50).

Hay contextos discursivos que favorecen la aparición de matices concomitantes con este valor, por ejemplo, 'conclusión nocional':

(36)

Y como yo me fui de veraneo en julio y ella se iba en agosto, ya no nos vimos hasta octubre. Y estaba yo en Holliday. *Total*, que fue ella la que me llamó. Iba con Virginia, una amiga de ella ¿no? Y *total*, que me llamó y estuvimos hablando (Encuestas, M1V1, 21, cit. Fuentes 1996, 50).

(37)

[como 8.º y último párrafo de una crónica taurina] *En definitiva*, tarde tibia, lenta, variada y triste (*El País*, 15-4-02, 43).

La explicación final: suelen introducir este matiz secuencias como *en una palabra*, *en pocas palabras*, *o sea*:

(38)

La invitó a salir, pero ella puso mil excusas: que si tenía mucho trabajo, que otro día, que no se encontraba del todo bien... *en una palabra*, que no le interesaba él lo más mínimo (cit. Fuentes, 1996, 51).[14]

La conclusión argumentativa: marcan el fin de la argumentación destacando informativamente como lo más relevante la conclusión:

(39)

Entonces, pues normalmente estoy aquí, pues, hasta que me canso, o bien algún día voy a ver cualquier cosa que pongan, alguna película interesante, una charla, un concierto, cuando los hay. *En fin*, esto es lo normal ¿no?, a tomar unas copas con los amigos, *en fin*, lo normal. Yo creo que es lo que hace todo el mundo (Encuestas, C2H2, 168, cit. Fuentes, 51).

5.2.2. Conectores

Son segmentos discursivos que se han habilitado para las relaciones de expansión de la materia discursiva, estableciendo relaciones lógico semánticas de adición, contraste, causa, consecuencia, condición, finalidad, sucesión temporal. Como ese tipo de contenidos aparecen en las relaciones intraoracionales e interoracionales, lo habitual es que las conjunciones y locuciones conjuntivas que funcionan en el seno de la oración compleja estén habilitadas para la expresión de estos contenidos tex-

[14] Obsérvese que en cierto modo el conector se ha lexicalizado, en el sentido de que no denota el contenido expresado, pues no se termina con una palabra, sino con una serie de ellas. Es verdad que este ejemplo es inventado *ad hoc* por C. Fuentes, pero en la prensa se pueden encontrar usos semejantes.

tuales. Junto a dichos elementos, otras secuencias de tipo adverbial o preposicional sirven también para la expresión de estas relaciones.

A) *Aditivos*. Unen elementos discursivos cuyo contenido se añade a la información precedente, por lo que desde el punto de vista argumentativo esos contenidos están orientados hacia una misma conclusión, *coorientados*: *y, ni, más, aún más, todavía más, asimismo, además, encima* (coloquial), *también, tampoco*. En algunos casos se quiere subrayar el peso argumentativo de la información añadida, esto se consigue con conectores como *además*, *encima*, *incluso*, *por añadidura*, *más aún*:

> (40)
>
> A.A.— Yo lo veo por mi colección. La prenda que más se vende en España es la misma que más se vende en Francia, en Inglaterra. *Incluso* en Japón. Lo que pasa que en España se combina con una falda más clásica y allí con algo más exagerado (*El País Semanal*, 24-3-02, 72).
>
> (41)
>
> E.L.— En España todavía existe la idea de que el hombre que sigue mucho la moda es gay. Quizá porque este grupo es el que más ha asumido las tendencias y al que más le interesa y le preocupa su imagen.
>
> M.E.—Y *también* porque asume valores femeninos de forma mucho más rápida que el hombre estándar. Un gay puede ir muy bien vestido al trabajo; luego vestirse de petardeo que ellos llaman de noche; luego irse al campo... Se atreven más a mostrar distintas caras de sí mismos.
>
> E.L.— *Y, además*, al hombre casado su mujer le compra a veces hasta los calzoncillos.
>
> J.V.– Lo que es un hecho es que es la mujer la que toma el noventa por ciento de las decisiones familiares. Influye en las decisiones de compra por impulso y compra racional. *Y además* los hombres nos dejamos llevar por su criterio (*El País Semanal*, 24-3-02, 72).

Existen otros aditivos que añaden a la expansión de la materia discursiva que introducen un matiz de semejanza o comparación: *análogamente*, *igualmente, asimismo, de igual manera, de la misma manera, del mismo modo*... Todos estos conectores sirven para presentar nuevos detalles que se añaden a la situación textual, por lo que no debe extrañar que muchos de ellos se hayan nombrado antes como continuativos.

B) *Adversativos, contrastivos o de oposición*. Elaboran la materia discursiva contraponiendo semántica o pragmáticamente los contenidos, de modo que el segundo bloque de contenidos se presenta como supresor o atenuador de alguna conclusión que se pudiera extrae del primer bloque. Los conectores más empleados son: *pero, sin embargo, aunque, en cambio, ahora bien, antes bien, no obstante, por el contrario con todo, con todo y con eso, aun así, de todas*

formas (maneras, modos), de cualquier modo (manera, forma), en cualquier caso, lo cual no obsta para que, es que, el caso es que, lo cierto es que, si bien es verdad... Estos conectores desde el punto de vista argumentativo presentan argumentos contrapuestos que llevarían a conclusiones diferentes y el hablante se decanta siempre por el segundo:

> (42)
> Los competidores dicen que se habla muy poco de Cortefiel, lo cual parece una crítica perversa tratándose de un grupo dedicado a la moda. Y puede que el Grupo Cortefiel no sea muy amigo de visitar las primeras páginas. *Pero* hay maneras de situarse en el mercado que resultan por sí solas elocuentes (*El País Semanal*, 24-3-02 ,97).

No todos estos conectores son susceptibles de expresar los mismos matices de oposición: *en cambio*, por ejemplo, relaciona contenidos que no tienen por qué ser objetivamente contrarios, pero interesa contraponer afirmando ambos:

> (43)
> En el primer enunciado se transmite una información, se da cuenta de un hecho acaecido. La segunda aserción, *en cambio*, es de tipo explicativo, añade un juicio, una interpretación del hablante acerca de qué es lo que puede estar causando la desaparición de los llamados cines X.

Antes bien es de carácter exclusivo, comenta el mismo tópico que el enunciado precedente, pero posee mayor fuerza argumentativa (se relaciona con la negación metalingüística, de ahí que requiera el primer constituyente negado):

> (44)
> Dice un proverbio etíope: «No blasfemes contra Dios por haber creado el tigre; *antes bien*, agradécele que no le diera alas» (A. Gala, *El País Semanal*, 13-7-97: 98; cit. M. Zorraquino-Portolés, *GDLE*, 4114).

También introducen argumentos fuertes, *pero*, *sin embargo*, *con todo*, *ahora bien*, *aun así*. La aparición de estos conectores implica «que ha de reconsiderarse la información anterior, puesto que lo que viene a continuación presenta una información inesperada, que se desvía de la línea argumentativa previa»[15]. De todos ellos, el más frecuente es *pero*, que reitera el semantismo con que aparece en la oración compleja. Puede no solo encabezar un movimiento enunciativo nuevo:

> (45)
> Me gustaría contar noches de otro tipo. Por ejemplo la que viví el otro día en el Teatro Real. Fui a ver a Carmen Linares. Carmen desde aquí te lo digo: qué grande eres, hiciste que el público del Real no pareciera el público del Real. Hasta sonaron palmas flamencas. Hasta mi santo soltó un ¡olé! Después de una soleá [...] Carmen, madraza total, arropada por sus hijos

[15] E. Montolío: «La conexión en el texto académico. Los conectores», en *Manual práctico de escritura académica II*. Barcelona, Ariel Prácticum, 2000 (cap. 3.:130).

> y por su santo, Miguel... *Pero* ahí no acabó nuestra noche apasionante. Salimos del Real *escopetaos*, cogimos un taxi y le dijimos: «Llévenos donde está ella», y el taxista nos llevó al restaurante la Albufera, donde a las once de la noche nos comimos una paella con la estrella que nos alegra las sobremesas: la colombiana Ana María Orozco, o sea, la protagonista de *Betty la Fea* (E. Lindo: «Vidal eres el más grande», *El País Domingo*, 14-4-02: 13).

Sino también párrafos:

> (46)
>
> Mientras unos están a favor [del uso de tejidos fetales para la investigación]. Otros se oponen y alegan que estas práctica inclina a abortar a las mujeres indecisas, al ofrecerles una racionalización altruista y hacerlas pensar que con el aborto ayudan a los enfermos o contribuyen al avance de la medicina.
>
> *Pero* aún más conmovedores son los relatos de historias personales que periódicamente aparecen en los medios de comunicación (L. Rojas Marcos, *La ciudad y sus desafíos*, 47. Cit. *Manual práctico*...130).

No obstante y *sin embargo* son secuencias de tipo parentético, con curva entonativa propia, que contraponen la información que introducen a todo un bloque de contenidos expresados por enunciados precedentes, por lo que son los conectores más apropiados para iniciar párrafos.

C) *Relaciones de causalidad*. Estas pueden ser de *tipo consecutivo*: si se focaliza la conclusión o consecuencia que se deduce de una información previa. Los conectores más habituales son *entonces, pues, así pues, por lo tanto, por consiguiente, en consecuencia*, *de ahí que, así, así que, por ello, a causa de esto, por lo cual, por ende*:

> (47)
> Jugamos con el doble sentido. Con la seducción. Escuchamos continuamente. No debemos detenernos frente a nada que quiera la mujer. *Así que* proponemos cada semana cosas nuevas. (*El País Semanal*, 24-3-02, 99).

O de *tipo causal*, si lo que se focaliza es la causa que origina una determina conclusión. El nexo subordinante *porque* es el que actúa para la conexión entre enunciados y párrafos:

> (48)
>
> El sábado 6 de abril, unos quince mil israelíes tuvieron la valentía y la decencia de manifestarse en Tel Aviv contra las operaciones de guerra del Tsahal, coreando: «No a la ocupación» y «Sí a la paz». Y el Presidente del Parlamento de Israel, el laborista Abrham Burg, así como el ex ministro de Relaciones Exteriores y parlaentario laborista Shlomo Ben Ami, se han pronunciado en términos muy claros por el retiro del Partido Laborista de la coalición del Gobierno que preside Sharon. Hay que desear que estos no sean ejemplos aislados de lucidez y mesura, sino expresiones de una corriente de opinión en Israel que, sacudida por los acontecimientos de los últimos días, crezca hasta hacerse escuchar.

> *Porque* este es el camino de la sensatez, el único que puede conducir, más tarde o más temprano, a ea paz que los extremistas de ambos bandos han conseguido eclipsar... (M. Vargas Llosa: «La guerra de Sharon», *El País*,14-4-02: 18).

Los conectores de tipo consecutivo no forman una clase homogénea: un grupo de ellos cuenta con la conjunción *que* en su conformación como conectores, esto hace que estén integrados en la oración (*así que, de ahí que, por lo que*...), y ocupen siempre la posición inicial:

> (49)
>
> En concreto, «así que» se caracteriza por aportar al discurso cierto grado de informalidad; *de ahí* que tienda a aparecer en textos que se presentan con un aire de aparente espontaneidad (Montolío, 2000: 136).

Este grupo de conectores está especializado en introducir una consecuencia obtenida tras una operación de tipo racional, pero solo *de ahí que* introduce una información consecutiva presentada como evidencia. También es el único conector consecutivo que exige subjuntivo, probablemente por la subjetividad que entraña hacer depender una información factiva (cuya verdad no necesita asertarse porque está dada de antemano o presupuesta) de una información cuya verdad no está dada sino expuesta o expresada, esto es, asertada:

> (50)
>
> En el coloquio actúan fuertemente los móviles afectivos o prácticos, y no siempre las exigencias del discurso intelectivo: de ahí que sus incongruencias, sus frecuentes tanteos con pérdida del hilo sintáctico, sus frases sin acabar, abandonadas al buen entendedor o con reticencia insinuadora; de ahí también sus exclamaciones e imperativos, su viveza y su expresividad (R. Lapesa: *El español moderno y contemporáneo*, 356).
>
> (51)
>
> No obstante, la naturaleza de este acto de habla, en el que se expresa la intención de que el oyente haga algo, dirigiendo así su conducta en provecho del hablante, hace de él un acto de habla descortés, en el sentido de que afecta negativamente a la imagen del destinatario; *de ahí que* el hablante deba hacer un esfuerzo para paliar esa descortesía intrínseca que toda petición posee

Otros conectores consecutivos son de tipo parentético (*por ende*, *por consiguiente*, *por (lo) tanto*, *pues*, *así pues*...), pueden tener mayor movilidad, aunque algunos prefieren la posición inicial *(por ello, por eso, por ese motivo*...). Los conectores de este último grupo no están gramaticalizados[16] y cuentan con

[16] De hecho, esta es la razón por la que algunos creen que no deben engrosar la lista de los conectores.

un elemento anafórico que remite a una información o causa previa, es decir, introducen una conclusión apuntando a la causa que la desencadena:

(52)

Son envíos [de cartas que reciben a diario los columnistas de opinión] que abruman; enredadas y larguísimas historias que tienes que estudiar durante horas para poder hacerte una somera idea. El tono de las cartas suele ser muy crispado; *por eso*, y por lo valioso que parece todo, resulta tentador, y desde luego más cómodo, creer que el autor del envío está un poco loco (R. Montero, «La vida cruel», *El País*, 16-4-02: última).

(53)

La Universidad es el núcleo central del pensamiento crítico y de la reflexión académica, controlando y disciplinando las visiones parciales, y en este tema el debate debe ser objetivo y distanciado. *Por eso* todos los que tienen algo que decir deben participar, incluidos, por supuesto, aquellos que han apoyado la necesidad de la ley y el esfuerzo para aprobarla desde el mundo del profesorado universitario (G. Peces Barbas: «Con la LOU a cuestas», *El País*, 16-4-02: 15).

Los del primer grupo sí están gramaticalizados: *por ende* fue un conector muy usado en la prosa medieval, hoy queda como un arcaísmo cuyo empleo se reserva sobre todo a la lengua procesal. Fuera del uso culto, es desconocida y no aparece nunca en la lengua coloquial. *Pues* con valor conclusivo suele ocupar una posición interpolada en su propio enunciado, quizá para evitar ambigüedades con el valor causal o con comentador que aparecen siempre en posición inicial. Obsérvese la diferencia de sentido que puede observarse en (54 a), 'consecutivo' y (54 b), 'comentador':

(54a)

Lo que discuten tal vez nos interesa, pero no lo entendemos. *Que* se diviertan, pues, con su juguete (F. Lázaro: *El dardo en la palabra*, 297; cit. *GDLE*, 4099).

(54b)

Lo que discuten tal vez nos interesa, pero no lo entendemos. *Pues* que se diviertan con su juguete.

Así pues también ocupa la posición inicial y suele ser más habitual en la lengua escrita. También introduce una consecuencia remitiendo anafóricamente a la causa desencadenante (*así*). El valor semántico de *en consecuencia, consecuentemente* o *por consiguiente*, hace que la consecuencia que se obtiene tras un razonamiento, se presente como una conclusión necesaria:

(55)

El artículo hacía referencia a un suceso ocurrido en el Parlamento sobre el euskera, su madre no apoyaba las tesis de Batasuna ni de IU, y no había apoyado desde un comprometido voto en conciencia

la reprobación al Gobierno regional sobre la política lingüística. *En consecuencia*, hasta su propio partido, el PSOE, le pedía la dimisión (*El País*, «Cartas al director», 16-4-02: 15).

La relación lógica de valor condicional suele venir expresada por locuciones y secuencias poco gramaticalizadas como *en ese caso, en tal caso, si a eso (ello) vamos, puestas las cosas así*. Desde el punto de vista argumentativo estos conectores indican la conclusión a la que lleva el enunciado precedente:

(57)

El PER fue un buen invento *si a ello vamos*. Muchos entienden que han tenido razón quienes han aprovechado su existencia para hablar de la Andalucía subsidiada y, sin embargo, esa afirmación es una injusticia, sobre todo si lo que se quiere decir es que es la única comunidad que recibe ayudas del Estado. [...] El PER fue un buen invento y, gracias a él, los pueblos andaluces han visto mejorar su vida de manera evidente (M.ª E. Sánchez: «Sin perdón», *El País Andalucía*, 16-4-02: 2).

D) *Relaciones temporales*. Son el medio de ordenar los acontecimientos narrativos, en relación con la sucesión y percepción de los hechos. Además de los típicos subordinantes temporales, funcionan como conectores otros adverbios del tipo: *entonces, luego, inmediatamente, al instante, acto seguido, más tarde, en otra ocasión, mientras, entre tanto, al mismo tiempo, mientras tanto, paralelamente, simultáneamente, a la vez*... Estos conectores suelen ir integrados en la estructura predicativa de la oración, ya que forman parte de ella, y, generalmente no suelen estar acotados por pausas. Ya se sabe que cualquier relación existente entre dos acciones es en cierto modo temporal, aunque solo sea por la linealidad de los enunciados y su transcurrir en el tiempo. Por ello, la mayor parte de las veces la presencia de conectores temporales es redundante, pues el juego de tiempos y aspectos verbales puede ser suficiente para ordenar las acciones, proporcionando así perspectivas diferentes de los acontecimientos expresados, para delimitar discursivamente las perspectivas temporales, o para evaluar narrativamente las acciones internas del texto. Por otro lado, la conexión temporal suele manifestarse más abundantemente en el tipo de enunciación que se ha llamado de *historia* o de *mundo narrado*, de ahí que sea en contextos de pasado donde mejor se explicita esta relación discursiva:

(58a)

La mayor parte de los días Micaela los pasaba sola en casa. *Entonces* gustaba pasear por los grandes salones, casi siempre oscuros (P. Baroja: *El Mayorazgo de Labraz*, 51; cit *GDLE* 4107, n. 56).

(58b)

Pidió un aguardiente —nuca supo por qué— y se lo tomó de un golpe. *Entonces* llamó por teléfono a su casa, pero no recordaba bien el número y se equivocó en dos intentos (García Márquez, *Noticia de un secuestro*; cit. *GDLE*, 4107, n. 56).

En cambio, cuando insertamos estos conectores en instancias enunciativas de *discurso* o de *mundo comentado*, es frecuente que los conectores temporales sirvan a la expresión de otras relaciones discursivas[17], por ejemplo, un valor consecutivo débil:

(59)

Mi casa tiene una distribución muy mala, *entonces*, se oye todo, se oye todo desde todos los sitios, ¿sabes? (Esgueva-Cantarero, *El habla de la ciudad de Madrid*; cit. *GDLE*, 4107).

O sirvan para la ordenación de la materia discursiva, en estructuras del tipo, *primero dijo que..., luego siguió con que... y después que si...*:

(60)

Hombre, las personas somos...muy entrantes. *Después*, si se nos pregunta algo, procuramos atenderlo al máximo, lo que en otras capitales he visto yo que no...no...no...no lo hacen lo mismo que lo hacemos nosotros, y no sé. Por otra parte, hay mucho gamberrillo en la juventud, sobre todo (*Encuestas* P3H2, 496; cit. C. Fuentes, *La sintaxis...*, 48).

O adquieran un valor contraargumentativo, por ejemplo, el valor con que se ha especializado *ahora*, solo o combinado, *ahora bien*:

(61a)

La gente es muy cariñosa conmigo en España, por eso siempre regreso. Pero no tengo miedo de que haya disminuido el afecto; *ahora*, si ese es el precio que tengo que pagar, lo pago encantado. Imagínate lo que yo sería si renunciara a todo lo que he vivido por un aplauso (*El País*, 29-12-94, 28; cit. *GDLE*, 4119).

(61b)

La opinión pública habría podido asumir pragmáticamente los costes de una negociación con otro Estado orientada a conseguir que Roldán fuese entregado a la justicia española con las limitaciones inevitables en cualquier extradición. *Ahora*, la generalizada impresión de que la embellecida historia de su detención por la policía española es un ridículo embuste favorece la idea de un pacto (J. Pradera, *El País Domingo*, 5-3-95, 7; cit. *GDLE*, 4119).

(62)

Dicen que todas las opiniones son respetables. En absoluto. Lo respetable es que todo el mundo se exprese. *Ahora que*, una vez que han opinado, no tengo por qué respetarlos. Solo faltaba (*El País*, 23-6-96, 34; cit. *GDLE*, 4119).

---

[17] Cfr.: E. Méndez, *Las oraciones temporales en castellano medieval*. Sevilla, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1995 (cap. V: 267-284).

5.2.3. Reformuladores

Dentro de este grupo hay que introducir aquellas expansiones discursivas que tienen como base una relación de equivalencia semántica o pragmática entre las partes conectadas. Implican, por tanto, una reflexión metadiscursiva. Tal operación puede venir expresada sin necesidad de conectores o marcadores del discurso, basta con que lo ya dicho y lo por decir vengan unidos por una relación de atribución como la que se da al final del siguiente texto. En este ejemplo, marcadores como *o sea*, *es decir* y similares no harían más que reforzar una relación de equivalencia que ya está explicitada, serían redundantes:

> (63)
>
> Entras en el BBVA, coges a un directivo, tiras de él y aparece un político al que estaba unido por lazos invisibles. También puedes hacerlo al revés: atraes hacia ti a un ministro y detrás aparece un banquero. Y si te cuelas por los sumideros de BBVA y eres capaz de soportar la pestilencia del dinero negro que corre por sus albañales, vas a dar al retrete de otro banco que recibe comisiones que tu entidad te cobra cada vez que respiras y que a lo mejor está situado a miles de kilómetros, en una isla de Inglaterra. *Es magia, pura magia* (J. J. Millás: «Magia», *El País*, 19-4-02: última).

A) *Explicación, paráfrasis, reformulación.* Suelen venir introducidas por marcadores que indican que el enunciado que introducen es una manera distinta, pero equivalente de formular lo dicho en el enunciado o enunciados anteriores, por lo tanto suelen comentar el mismo tópico del que se venía hablando. Este tipo de paráfrasis suele funcionar en aquellos casos en los que el productor textual no se siente plenamente satisfecho con lo que acaba de comunicar y siente la necesidad de ser más explícito para evitar incomprensiones o malentendidos:

> (64)
> Pilar Miró los autorizó a la manera socialista —*es decir*, con restricciones, ceño fruncido, gestos de reprobación...

O simplemente porque la relación de equivalencia pertenece a un marco de la argumentación difícilmente compartible si no se hace explícita:

> (65)
>
> Lo bonito es dar un pase de magia negra y que aparezcan treinta mil millones en la isla de Jersey. *O sea*, que todo es obra del diablo. Y es que del mismo modo que quien de verdad se presenta a las elecciones es la banca, y no los partidos políticos, el que se beneficia de los votos es Luzbel, que tiene un despacho con moqueta en pleno paseo de la Castellana. Cuando vaya usted a pagar su hipoteca, tírele de los pelos y verá como detrás sale Satanás, *es decir*, el secretario de Estado (J. J. Millás, «Magia», *El País*, 19-4-02: última).

Los marcadores del discurso más empleados para este tipo de expansión son: *Es decir, esto es, o sea, con esto quiero decir que, o lo que es lo mismo, dicho de otro modo, mejor dicho, esto equivale a decir que, en otras palabras...*

B) *Ejemplificación o prueba*[18]. Es también una relación de equivalencia, la diferencia estriba en que una de las secuencia, la posterior, sirve para apoyar lo dicho en la anterior y hacerla más creíble y evidente para el destinatario, pues particulariza lo dicho en casos concretos: *así*, *por ejemplo, a saber, como por ejemplo, tal y como sucede en, verbi gratia, verbigracia, pongamos por caso, como botón de muestra, concretamente*...

(66)

Me gustaría contar noches de otro tipo. *Por ejemplo*, la que viví el otro día en el Teatro Real. Fui a ver a Carmen Linares (E. Lindo, «Vidal qué grande eres», *El País Domingo*, 14-4-02: 13).

C) *Resumen o síntesis de lo dicho*. Relación de equivalencia la que el segundo término presenta una reformulación del primero sólo que más breve. Los marcadores más empleados son: *en suma, en resumen, en fin*, *total que, brevemente, en dos palabras, en pocas palabras*... A veces algunos de estos conectores discursivos sirven también para marcar la conclusión textual, pero no todos los conclusivos establecen necesariamente una relación de equivalencia con segmentos anteriores:

(67)

Estuvimos andando de un sitio para otro, fuimos al cine, charlamos, *total*, nada del otro mundo.

D) *Rectificación*. Los enunciados previos se presentan como una formulación incorrecta que es mejorada por el enunciado que encabeza el marcador. Los elementos discursivos que se prestan a esto son: *o, mejor dicho, mejor aún, más bien*.

(68)

Dio tres buenos naturales. *O* a lo mejor eran cuatro. (*El País*, 9-3-98, 37).

(69)

Dice el nacionalismo que el problema vasco consiste en que un pueblo milenario dotado de una identidad propia está enfrentado a España, *mejor aún*, al Estado español, por usar su jerga (*El País*, 27-4-07, 17).

(70)

Nuestra adorada Reina necesita un esposo, no sólo porque es Reina, sino porque es mujer, o dama, *mejor dicho* (P. Galdós: *Bodas Reales*, 109; cit. *GDLE*, 4127).

E) *Reformuladores de distanciamiento*. Entran dentro de esta clase marcadores como *en cualquier caso, de todos modos, en todo caso* y semejantes. Son un

[18] M. Zorraquino y Portolés incluyen este tipo de expansión de la materia discursiva dentro de los operadores de la argumentación: es lo que llaman operadores de concreción (*vid.*, pp. 4.139 y ss).

tipo de reformuladores especiales, pues indican que lo contenido en los enunciados precedentes no es tan relevante como la nueva formulación que ellos introducen:

(70)

Puede que nos hayamos equivocado, puede que hayamos hecho más kilómetros de la cuenta, puede que nos hayamos puesto un poco nerviosos. *En cualquier caso*, no me negaréis que la confusión ha merecido la pena.

5.2.4. Operadores argumentativos

Introducen enunciados que condicionan las posibilidades argumentativas del discurso, pero no condicionan las relaciones con otros argumentos previos. Unos refuerzan la argumentación del enunciado anterior:

(71a)

Carmen, desde aquí te lo digo: qué grande eres, hiciste que el público del Real no pareciera público del Real. *Hasta* sonaron palmas flamencas. *Hasta* mi santo soltó un ¡olé! Después de una soleá (E. Lindo: «Vidal qué grande eres», *El País Domingo*, 14-4-02: 13).

71b)

Como cualquier persona decente, yo también quiero a Cortázar; pero no acabo de ver el problema [usar la voz y las palabras de Cortázar para anunciar un coche], siempre y cuando se respeten los derechos de autor. *Es más*: no me extrañaría que fuera una buena idea. *Es más* no me extrañaría que a Cortázar le pareciese una buena idea. […] No hay, pues, ninguna incongruencia: que la publicidad se apropie de la literatura es perfectamente congruente con el hecho de que la publicidad es o aspire a ser un género literario. *Es más*: es posible que cuanto más se apropie la publicidad de la literatura, mejor le vaya a la literatura, que de este modo bajaría de una vez por todas de su pedestal y demostraría de una vez por todas su eficacia. *Es más*: ni siquiera sería una mala idea que los anuncios utilizasen no sólo escritores, sino a los propios escritores (J. Cercas: «La chispa de la vida», *EPS*, 22-4-07: 10).

(72)

No me lo imagino así. Yo creo que trabajo tienen, y siempre sospeché que ese dinero oculto no se dedica a actividades altruistas. Y, *en realidad, aún diría más*: uno tiende a pensar que los tráficos de armas, de drogas y / o de personas, se financian con dinero que transita por paraísos fiscales (A. Martínez, «El enredo», *El País Domingo*, 14-4-02: 13).

Otros presentan el miembro que introducen como una concreción, particularización o ejemplo de lo anteriormente dicho:

(73)

Hoy que gobiernan las lenguas de arriba, *en particular* el inglés, las nuestras, las desleales a Roma, están recibiendo ese trágala del que podríamos denominar latín atlántico (Lázaro Carreter, *El dardo...*, 348; cit. *GDLE*, 4142).

5.2.5. Marcadores conversacionales

El discurso conversacional, caracterizado por la presencia de dos o más interlocutores que sin guía o planificación previa hacen progresar el discurso con la impronta de la inmediatez comunicativa, ha consolidado la existencia de unos marcadores conversacionales que contribuyen a mantener en algunos casos las relaciones de solidaridad comunicativa entre los interlocutores, así ocurre con los llamados *enfocadores de la alteridad* (*mira*, *oye*, *eh*, *¿no*?). La conversación es básicamente interactiva y gira hacia los dos polos fundamentales, locutor y alocutario, de ahí que existan marcadores conversacionales que tienen razón de ser porque protegen la imagen social de los interlocutores. Son los indicadores que sirven a las estrategias de *cortesía* (*por favor*, *bueno*, *hombre*...). La función interactiva característica de la comunicación cara a cara, o ese hacer conjunto de los interlocutores en la inmediatez comunicativa, favorece un tipo de discurso oral en el que son frecuentes ciertas pautas como pueden ser: el cambio de tema, el empleo de expresiones que reafirman la comunicación o que indican que se ha comprendido el mensaje, o de que se quiere conservar el turno de palabra (*sí*, *bueno*, *vale*, *eh*, *ya*...). Por estas razones no debe extrañar que muchos de los marcadores conversacionales puedan constituir un enunciado y ser réplica en un turno de palabra o en una intervención.

(74)
A.— Los alumnos me han dado el día y esta reunión la puntilla.
B.— *Desde luego*.

(75)
A.— ¿Quiénes son tus padres?
B.— *Eehhh*?...
A.— Los nombres
B.— Nombres. Juana Albornoz y Jorge Muñoz (cit. M. Pilleux, «La entrevista como tipo de discurso» *Estudios Filológicos*, 30, 1995).

Martín Zorraquino y Portolés distinguen varios tipos de marcadores conversacionales:

A) *Marcadores de modalidad epistémico*. Son atenuadores o reforzadores de la opinión, por ello constituyen en sí mismos una aserción que refleja cómo enfoca el hablante el mensaje. Este comportamiento es particularmente evidente cuando la aserción que se formula nace de inferencias de tipo deductivo. En estos casos la afirmación del enunciado se restringe, aunque los adverbios o locuciones adverbiales parezcan reforzarla[19]:

(76)
Los alumnos no se han callado ni debajo del agua; en la reunión no han salido mis propuestas; la grúa se me ha llevado el coche. *Desde luego* hoy no es mi día.

[19] A esto obedece que enunciados como «Evidentemente, el triángulo tiene tres lados», «Por lo visto los peces viven en el agua» sean anómalos y sólo puedan explicarse en boca de un maestro sarcástico a un alumno poco aventajado (G. Reyes, *Procedimientos de cita: citas encubiertas y ecos*. Madrid, Arco Libros, 1994: 28-31).

(77)

La luz está encendida. *Evidentemente*, Juan ha llegado antes que nosotros.

Algo semejante ocurre con marcadores que actúan como *evidenciales citativos*, aquellos que vinculan la aserción con un decir de otros:

(78)

Por lo visto, el Rey ha estado en Sevilla y nadie se ha enterado.

O remiten al discurso precedente o a los conocimientos compartidos previamente:

(79a)

Ciertamente, el Rey ha estado en Sevilla en visita no oficial.

(79b)

En efecto (*efectivamente*), el Rey ha estado en Sevilla en visita no oficial.

Es decir, actúan conectado el enunciado en el que aparecen con una instancia comunicativa previa o con elementos contextuales. Aunque no siempre actúan así. Algunos cuando se insertan en el enunciado actúan además reforzando argumentativamente el contenido de lo dicho, funcionan a su vez como operadores.

(80)

Aquí con esta ley, todo poder es para el propietario promotor, y las autoridades académicas, rectores, decanos, directores de departamentos y profesores, en las privadas son sólo unos asalariados sin derechos. *Por supuesto* que aquí, no ya la endogamia, sino el nombramiento a dedo de los profesores ya no es problema (G. Peces Barbas, «Con la LOU a cuestas», *El País*, 16-4-02: 15).

Obsérvese que este ejemplo, pese a no ser propiamente un texto coloquial, hace explícita una forma dialógica de contestación a algo previo presente de algún modo en el contexto. El conector *por supuesto* es indicio de esto. Otros marcadores conversacionales que pueden potenciar el sentido de la argumentación son *claro*, *naturalmente*, *desde luego*, etcétera.

(81)

—El 14 de abril sería uno de los días más felices para usted.

—Sí, *desde luego*, y tal era mi entusiasmo, que el único dolor que sentía era no poder gritar por las calles confundido con el pueblo (cit. *GDLE*, 4152).

(82)

—Los niños estaban muy graciosos [...] La Maestranza, *naturalmente*, preciosa, adornada con bastantes mantillas (cit. *GDLE*, 4153).

El caso del marcador *claro* es diferente, pues sirve también para reforzar lazos de solidaridad comunicativa y la imagen positiva de los interlocutores:

(83)

Mucha paciencia tuve yo con tu padre, hija mía, que de todo hacéis un mundo...

—Sí...

—¿Cómo que sí? Pues claro...

—*Claro* (cit. *GDLE*, 4156).

B) *Marcadores de modalidad deóntica*. Reflejan actitudes del hablante en las que se indica que este admite, acepta, o no, lo que se infiere en el fragmento de discurso al que remiten: *bueno*, *bien*, *vale*, *venga* son los marcadores que se emplean para estos fines discursivos. El funcionamiento pragmático de estos elementos los hace más frecuentes en contextos en los que se rechaza o se acepta un ofrecimiento de otro interlocutor. Así, *bueno* y *bien* sirven para establecer estrategias de cooperación, pues manifiestan el acuerdo o la aceptación de la propuesta (refuerzan la imagen positiva del que habla y protegen la imagen negativa del que habla). Sin embargo estos marcadores son más versátiles y pueden adquirir funciones diferentes a las mencionadas, pues pueden ser indicadores de la mera recepción del mensaje o del procesamiento de la información o de la estructuración de la conversación (por ejemplo en el comienzo de un turno de palabra o de una intervención:

(84)

Bueno, sí, vamos a ver, en primer lugar quisiera ser muy clara y que no se malinterpretaran mis palabras al hablar de la futura Ley de Calidad de la Enseñanza.

A veces, *bueno* puede también indicar autocorrección, en una especie de desdoblamiento enunciativo del locutor que invalida o precisa lo dicho previamente, aportando con *bueno* el contenido que realmente hay que tener en cuenta:

(85)

Nos levantamos muy temprano (*bueno* a las doce, pero es que los sábados ya se sabe), quedamos en Reina Mercedes que es de donde salían todos los coches para ir a Oromana.

Quizá puedan tener relación con estos usos de *bueno* otros que aparecen en las réplicas matizando lo dicho por el interlocutor como si no se estuviese del todo de acuerdo:

(86)

Enc.— Para usted, entonces, tienen que ser sagradas las amistades.

Inf.— *Bueno*, las amistades, amistades, ciertamente sí ,claro. Es que hay amistades y amistades ¿no? (cit. *GDLE*, 4166).

O, incluso, como muestra de total desacuerdo: reiterando dos o tres veces el marcador (*bueno, bueno, bueno*), o elevando el tono de la voz.

Bien comparte mucho de los empleos con *bueno*, por ejemplo, usos polifónicos que no implican ni aprobación ni desaprobación, sino la posibilidad de admitir otra visión a la que se le van a contraponer argumentos u objeciones que mitiguen ese punto de vista:

(87)

¿El divorcio dices? *Bien*. Supongamos que nos divorciamos. ¿Y los niños? ¿Y la casa?

En la conversación coloquial de las generaciones más jóvenes los marcadores *vale*, y más modernamente, *venga* se han extendido con profusión (hasta el punto que el primero de ellos, el más estudiado, ha llegado a considerarse un elemento de relleno, expletivo o muletilla que le ha valido la censura de los más puristas del idioma. Comparten con *bueno* y vale la expresión de la aceptación o aprobación:

(88)

—¿Vamos al cine y luego a cenar por ahí?

— *Vale* (*venga*).

O simplemente ciertas funciones interactivas:

(89)

—Adiós. Ya nos vemos

—*Venga*. Da recuerdos en casa.

— *Vale*.

En las conversaciones ordinarias es posible ver estos marcadores combinados entre sí apuntando a la misma meta interlocutiva:

(90)

—¿Nos vemos antes del examen y organizamos el aula?

—*Bueno. Vale. Bien.*

C) *Marcadores que subrayan la alteridad de la conversación*. Entran en este grupo secuencias discursivas como *oye*, *mira*, *vamos*, *hombre*, *tío* y el polivalente *bueno*. Estos marcadores pueden aparecer con cualquiera de las modalidades oracionales (si bien suelen ser más frecuentes con modalidad exclamativa) y pueden introducir también todo tipo de enunciados (directivos, declarativos, compromisivos, etc.). Si ocupan una posición antepuesta iniciando una intervención refuerzan la trabazón pragmática de las intervenciones del intercambio, pero sobre todo son indicio de las relaciones sociales de solidaridad de quien habla con respecto a su interlocutor, de ahí que puedan combinarse

fácilmente entre sí y con otro tipo de marcadores (por ejemplo con el *pues* comentador y continuativo) o reduplicarse:

(91)

—Bueno, ¿qué hace un día corriente? Cuénteme usted lo que hace un día corriente

—¿Qué hago un día corriente? *Pues*, *mira*, bregar con los niños ¿te parece poco? *Pues*, *mira*, me suelo levantar sobre las ocho u ocho y media, los llamo, les preparo el desayuno, desayunan y ellos ya, o sea, se visten [....] (*Encuestas* M2H1, 496; cit. C. Fuentes, *La sintaxis*..., 18).

(92)

—Me han dicho que la grúa se ha llevado tu coche. Es que, desde luego, hay que ver cómo son...

—*Vamos*, *vamos*, *vamos*... para una vez que una lo deja en doble fila... es que *vamos*. Tengo un cabreo que...

Dentro de este grupo puede mencionarse el comportamiento del marcador *hombre*, que llega a comportarse como un verdadero elemento interjectivo. Su proceso de gramaticalización puede observarse en que en ocasiones puede apelar a una interlocutora:

(93)

—¿Se enamoró apasionadamente? ¿O se dejó llevar por la convivencia?

— ¡*Hombreeeee*..., mujer! ¿Apasionadamente? Yo no soy un hombre que se enamore apasionadamente, perdidamente [...] (cit. *GDLE*, 4173).

La función pragmática de este marcador (también de los otros) es reforzar la imagen positiva del hablante (obsérvese que esto también se da en la forma *tío*, propia del habla juvenil, no solo cuando se habla entre amigos o camaradas de la misma edad, sino cuando un adulto quiere acercarse y entrar en terrenos de grupos de adolescentes), dando un tono amistoso a la conversación. Pero también puede ser indicio de atenuación de la fuerza ilocutiva en actos de habla de crítica o de desaprobación o de queja:

(94)

—¡*Hombreee*! Eso no se le hace a un amigo. Que me tenga que enterar por terceros... es que, *hombre*, no, no, eso no se hace.

(95)

—¡*Hombre*! Yo no he dicho eso.

O de estrategia cortés cuando se va a acometer un acto de habla directivo que afecta la imagen del interlocutor:

(96)

—¡*Hombre*! Bermúdez. ¡Qué bien que le veo! Porque, *hombre*, me viene usted como anillo al dedo ya que creo que usted me puede sacar de cierto apurillo en el que estoy metido y...

Son también reforzadores de la alteridad aquellas secuencias como *¿no?, ¿sí?, ¿verdad?, ¿vale?* Que sirven de comprobadores de la atención del interlocutor, se emplean para buscar la cooperación del otro, que puede ir desde el requerimiento de una mirada atenta, hasta el gesto de asentimiento a lo que el hablante dice. Pero también puede combinar otra función, el reafirmarse en la veracidad de lo dicho:

(97)

Insisto, yo, al día siguiente de las elecciones me fui a ver a Aznar y le dije, *mire*, hemos ganado y estoy segura de que vamos a gobernar. Si quieres contar conmigo, como lo has hecho hasta ahora, para mí será un honor. Y si me nombras ministra —que así se lo dije, *¿eh*?, porque yo soy muy clara—, pues, obviamente es lo que me gustaría... Dicho todo esto, le dije, pues, si no me nombras ministro, también lo entenderé [...] (Entrevista a L. de Palacio, *El País Domingo*, 25-1-98: 8).

D) *Marcadores metadiscursivos*. Son las huellas que dejan traslucir en el discurso los esfuerzos que hacen los hablantes por construir un discurso coherente, cuando están condicionados por la impronta de la inmediatez comunicativa. Por esa razón estos marcadores están relacionados con aquellas secuencias discursivas que están al servicio de la ordenación de la materia informativa o con los reformulativos y autocorrectores. Por ejemplo, los conectores *bueno* y *bien* suman a sus otras funciones discursivas la de ser también estructuradores de la materia informativa. Bien porque aparecen a principio o a final de turno indicando la ruptura discursiva, o que se está procesando la información antes de dar réplica, bien porque señalan un cambio de tópico conversacional:

(98)

—Con el tiempo volverá a tener su encanto [la Feria de Sevilla, en caso de que la trasladen de sitio], creo yo. *Bueno*. *Pues* ¿Tienes algo que decirme más de la Feria o...? ¿Te has vestido de flamenca alguna vez?

—*Bueno*, sí me he vestido siempre, me he vestido de pequeña, siempre iba con mis padres, me he vestido de mayor; lo que no me he vuelto a vestir desde que me casé (*Encuestas*, P2H4, 364; cit. C. Fuentes, *La sintaxis*..., 19).

Otros elementos tienen menor versatilidad metadiscursiva y se emplean como relleno para mantener el turno de habla y evitar silencios mientras se encuentra el elemento que mejor exprese lo que se quiere decir: *mmm, uhmm, eh, este*:

(99)

... Mi padre era *mmmm*... republicano, liberal, *eeeh*... de Azaña, *eeeh*... muy dado a la literatura y a esto, ¿no? No escribió nunca nada, pero un hombre muy culto, muy dado a la cultura... Y mi madre era una mujer *eeeh* de Valencia de Don Juan, en la provincia de León *eeeh* muy lista, muy dada también a leer a...a escribir, a no sé qué, *eh ah*... una progre de los años treinta. Progre de los años treinta ¿no? Una de aquellas progres de los treinta. Y entonces, pues, pues, bueno, coincidieron en eso, coincidieron en la, en la cultura, incluso en la política... (Transcripción de la entrevista de P. Urbano a Francisco Umbral; vid. J. F. Sánchez: *La entrevista periodística*, EUNSA, 1994, 94).

Otros actúan como confirmación de que se sigue el hilo discursivo o argumental de lo que se dice: son reacciones fáticas del tipo *sí, ya, ajá*.

En definitiva, como señala C. Fuentes, el análisis de los conectores textuales debe hacerse atendiendo a los diversos planos que se entrecruzan en el texto. Por un lado, el discurso está afectado por la dimensión enunciativa que se despliega en dos sentidos: una, apunta a la relación entre los participantes, es de carácter *interdiscursivo*, y mueve a la aparición de determinados elementos fáticos (*¿verdad?*, *¿no*?...), así como a los iniciadores y modalizadores del decir (*bueno*, *pues*...); otra, apunta al propio decir y al sentido que hay que darle, es *metadiscursiva*. Se plasma en aquellos elementos que sirven para explicar, reformular, corregir o ejemplificar, y también en aquellos que sirven para marcar la relación que tiene el discurso con otras partes del decir: *para empezar, para seguir, para resumir, para concluir*... Por último, son *ordenadores* de la materia discursiva sin dimensión enunciativa aquellos conectores que sirven para trabar las partes del texto (*por un lado...por otro*) o para ordenar la argumentación (*y, pero, ya que*...) y los que sirven para explicitar vínculos microestructurales.

Como se dijo al hablar de las características de los conectores, parece que la conexión textual no es solo algo que atañe a la textura discursiva superficial, sino que debe estudiarse como algo más profundo, como una operación de tipo enunciativo que deja traslucir un productor consciente de las relaciones que lo ligan a la situación comunicativa, especialmente a su destinatario y a su propio decir. Esto explicaría por qué muchos de los conectores o de los marcadores del discurso tienen una capacidad modalizadora o de prevención y cautela epistemológica; o sirven a la explicación, a la rectificación, a la síntesis, a la reformulación, a la ilación del discurso (operaciones todas ella de tipo enunciativo); o actúan como operadores argumentativos que sopesan la importancia del contenido informativo, permitiendo resaltar la fuerza argumentativa de unos enunciados con respecto a otros. Por esta razón, no debe extrañar que el paradigma de los conectores discursivos, pese a ser muy heterogéneo, esté formado por elementos que tienen un origen subjetivo (*bueno*, *bien*, *vale*, *claro*, *evidentemente*, *mejor dicho*,...). Es decir, que estén ligados a operaciones lógicas (causa, consecuencia, comparación, atribución,...) o axiológicas (de la valoración, la cantidad, la temporalidad) que han de interpretarse en relación con el sujeto de la enunciación.